

EL SATIRICÓN, de Petronio

Sobre el autor

Sobre la obra

Índice de El Satiricón



- ☐ **Capítulo I a V**
- ☐ **Capítulo VI a X**
- ☐ **Capítulo XI a XV**
- ☐ **Capítulo XVI a XX**
- ☐ **Capítulo XXI a XXV**
- ☐ **Capítulo XXVI a XXX**
- ☐ **Capítulo XXXI a XXXV**
- ☐ **Capítulo XXXVI a XL**
- ☐ **Capítulo XLI a XLV**
- ☐ **Capítulo XLVI a L**

EL SATIRICÓN, de Petronio

Sobre la obra

La obra



Algunas referencias sobre Petronio

Petronio es el autor a quien se atribuye la composición de la novela titulada El Satiricón, que muestra en cambio coincidencia en ser considerada la primera novela de la historia de la literatura occidental.

Aunque la cuestión sobre la identidad de este personaje sigue abierta, y hay quienes lo sitúan en fecha tardía (s. III d.C.), se impone la opinión de quienes consideran que se trata del Petronio (c. 27-66 d.C.) que vivió en época de Nerón y fue llamado Arbiter elegantiarum, al cual se refiere el historiador Tácito, describiéndolo como un hombre refinado y original.

Este Petronio fue amigo de Nerón y, acusado como Séneca y Lucano de haber participado en una conjura para matar al emperador, se suicidó.

Pero en realidad poco o nada se sabe con certeza sobre la fecha de creación de El Satiricón y sobre su autor.

El mismo nombre del autor presenta variaciones en los pocos y escuetos testimonios que de él subsisten en citas de fragmentos perdidos de la obra.

Los gramáticos de los primeros siglos son los que más lo citan. Honorato Servio, Mario Mercátor, Pompeyo, Juan Lido, Boecio, Prisciano, Lactancio Plácido, Mario Sergio, Isidoro de Sevilla y el Pseudo-Acrón lo llaman simplemente Petronio.

Fulgencio y Terenciano Mauro lo llaman a veces Petronio y otras, Petronio Arbitro.

En cambio Macrobio, Sidonio Apolinario, Mario Victorino, Diomedes, S. Jerónimo le atribuyen únicamente el nombre de Arbitro.

Es probable que este nombre de Arbitro se deba a una mala interpretación de un texto de Tácito donde se habla de un cónsul Petronio, «*elegantiae arbiter*», muerto por orden de Nerón y que presenta semejanza psicológica con el autor de El Satiricón.

El texto «Anales», XVI, 17-20) es importante, y tal vez pueda aportarnos alguna pista.

...en el espacio de pocos días cayeron juntos Áneo Mela, Cerial Amicio, Rufrio Crispino y Petronio [...] En lo que concierne a Petronio retrocederé un poco en mi historia.

Él dedicaba el día para dormir, y la noche para los deberes de la sociedad y para los placeres de la vida. Si algunos alcanzaron fama por el trabajo, él lo hizo por la molicie. Tenía reputación, no de juerguista ni de derrochador como casi todos los que devoran su fortuna, sino de técnico en los placeres. Sus palabras y acciones agradaban y eran tomadas como modelo de sencillez en función de la espontaneidad y de cierto descuido propio con que eran ejecutadas. Sin embargo manifestó energía y estuvo a la altura de sus funciones como procónsul en Bitinia y después como cónsul. Luego, regresando a sus vicios o quizá sólo a su imitación, fue admitido entre los pocos familiares de Nerón como árbitro del buen gusto: para el príncipe no había nada agradable y delicado que no estuviese recomendado por Petronio.

De ahí los celos de Tigelino que vio en él a un rival y a una persona más ducha en la ciencia de los placeres. Tigelino, pues, excitó la crueldad del príncipe, pasión que en éste tenía la supremacía sobre las otras, y acusó a Petronio de ser amigo de Escevino. Se sobornó un esclavo para la delación, y a Petronio se le privó del derecho de defensa.

La mayor parte de sus esclavos fueron encarcelados. Por entonces se encontraba en Campania el César. Petronio fue detenido en Cumas, hasta donde lo había seguido. No soportó la idea de languidecer por más tiempo entre el terror y la esperanza, pero tampoco se quitó la vida bruscamente. Se abría las venas y se las cerraba para abríselas otra vez según su antojo, entreteniéndose con sus amigos, pero no con temas serios ni con nada calculado para conseguir reputación de firmeza. Escuchaba más bien versos anodinos y poesías ligeras en vez de reflexionar sobre la inmortalidad del alma, y de proferir máximas filosóficas.

Dio dinero a algunos esclavos y a otros, látigo. Más aun, a fin de que su muerte, si bien forzada, pareciese natural, organizó un festín y dejó que lo ganase el sueño. Ni siquiera redactó codicilos para adular a Nerón, a Tigelino o a algún otro poderoso, como lo hacían muchos de los que así acababan sus días. Lo que hizo fue trazar, bajo el nombre de jóvenes impúdicos y de mujerzuelas, la narración completa de las degeneraciones del príncipe con sus más monstruosos vicios. Después de enviarle sellado este escrito, quebró su anillo, con la aprensión de que no sirviera más tarde para poner en graves aprietos a otras personas. Nerón investigaba cómo

habían podido ser divulgados sus vicios nocturnos, y le vino Silia a la memoria. Esta mujer, esposa de un senador, no le era desconocida. Además él mismo la había asociado a todos sus placeres, como amiga muy íntima que era de Petronio. El odio de Nerón provocó su destierro con el pretexto de haber propalado lo visto..."

Plinio el Viejo y Plutarco hablan también de un Tito Petronio, contemporáneo de Nerón. El primero cuenta que «el antiguo cónsul, Tito Petronio, antes de morir a consecuencia del odio de Nerón, quebró un vaso murrino para que no acabase en la mesa de éste. Le había costado trescientos mil sestercios». Plutarco, al referirse a los redomados aduladores de la corte neroniana, dice: «Ellos al juerguista y derrochador reprochan su sórdida avaricia, como hacía Tito Petronio con Nerón.»

Probablemente, pues, sea el mismo personaje el tratado por Tácito, Plinio y Plutarco, pero ¿es éste el autor de El Satiricón?

El problema se complica con los testimonios de Macrobio y de Juan Lido. Macrobio señala a Petronio como autor de comedias del estilo de las de Menandro. Juan Lido, por su parte, lo clasifica entre los satíricos, junto con Juvenal y Turno.

Sidonio Apolinario lo considera uno de los «maestros del buen hablar latino», y le dice: ...y tú, Arbitro, adorador del sagrado madero (Estatua fálica de Priapo) en los jardines de Marsella, digno compañero del helespóntico Priapo...

Falta saber si todos estos testimonios hablan de la misma persona, y si esta persona es el verdadero autor o un simple recopilador de cuentos milesianos o de sátiras menípeas, entremezclados dentro del vagabundeo, escasamente cohesionado, de Encolpio.

Frente a todos estos problemas, el erudito no tiene nada que objetar a la desenfadada suposición de Jean Dutourd: *"El verdadero Petronius Arbiter, autor de El Satiricón, ha debido de ser un corpulento hombre desaliñado, de vida oscura, no muy rico, hijo quizá de un liberto, ciudadano subalterno en todo caso, sin aventuras y sin historia, que murió en su lecho (y no en la tina), por los sesenta y cinco años, después de haber publicado una veintena de volúmenes cuya pérdida es irreparable".*

EL SATIRICÓN, de Petronio

Sobre el autor

La obra

Algunos apuntes sobre El Satiricón

El Satiricón, calificado como novela por su carácter narrativo y su estructura abierta, y considerado por los eruditos como la primera novela en el ámbito occidental, se componía de veinte libros, de los cuales **se conservan los libros XV y XVI y fragmentos del libro XIV**.

El argumento de los fragmentos conservados es el siguiente: La acción se inicia en la ciudad de Campania. **Encolpio** es un individuo bohemio que va en busca de su enamorado Ascilto, y lo encuentra en compañía de **Gitón**, un joven por el que ambos rivalizarán; luego se les une otro compañero de aventuras, Agamenón, y todos juntos se dirigen a una cena en casa de un nuevo rico, donde tiene lugar el pasaje más conocido de la obra, **el banquete de Trimalción**.

Luego Encolpio se encontrará con el poeta Eumolpo, que le contará una historia y le recitará un poema sobre Troya. Encolpio, Gitón y el poeta deciden embarcarse para huir de Ascilto, pero el barco naufraga cerca de la ciudad de Crotona; allí Eumolpo se fingirá un hombre adinerado, pero enfermo y sin herederos, para aprovecharse de los cazadores de herencias.



Se trata de una parodia de las novelas amorosas en las que los amantes quedaban separados, solo que aquí los amantes son dos hombres. Su separación se debe a la venganza del dios Príapo, al que Encolpio había ofendido, lo mismo que en *La Odisea* homérica Ulises era objeto de la venganza de Poseidón.

A pesar del argumento lineal, en *El Satiricón* hay una gran **libertad de tonos y una original fusión de elementos literarios**: novela de amor, novela de viajes y aventuras, cuentos milesios (*el muchacho de Pérgamo, la matrona de Éfeso*), relato

costumbrista, cuentos populares (*el hombre-lobo, las brujas*), crítica literaria y mezcla de prosa y verso (*poema de la destrucción de Troya*).

Destaca la abundancia de **situaciones y efectos cómicos**, factor que caracteriza la novela latina frente a la griega. También es notable la **fuerza satírica**, sobre todo en la descripción de la conducta de los libertos enriquecidos.

Frente a las novelas griegas, ajenas a los acontecimientos políticos y sociales, El Satiricón arremete contra los defectos de una sociedad opulenta y depravada que se basa en la hipocresía: la educación de los jóvenes en una retórica hueca y en las doctrinas de filósofos embaucadores y el contraste entre la miseria del pueblo llano frente a la frivolidad y el sibaritismo de los ricos.

Petronio logra una perfecta correspondencia entre la conducta y el lenguaje de sus personajes y su nivel social y cultural. En su prosa fluida **se alterna la lengua literaria con la lengua coloquial**, el lenguaje soez con el técnico, todo ello con una extraordinaria riqueza de vocabulario, por lo cual *El Satiricón* es un documento histórico y lingüístico de primer orden.



Originalidad y estilo

El Satiricón es quizá la obra más original de la antigüedad. Es la primera obra clasificable como novela en el mundo occidental y también la primera existente que mezcla la poesía y la prosa, género mixto continuado brillantemente por Séneca, Marciano Capela, Boecio, Dante y el autor de La Pícaro Justina, por no citar sino unos cuantos.

El Satiricón, sobre todo, es el mejor testimonio de la vida real y cotidiana del pueblo romano. La caricatura de El Satiricón no llega a deformar la realidad, sino que la realza con un cariño particular desconocido en el mundo antiguo.

Sólo las ruinas de Pompeya rivalizan con Petronio en esta materia.

Si parodia hay en El Satiricón, no hay que buscarla en el tratamiento de los personajes o de la realidad descrita.



La parodia petroniana es esencialmente libresca y se dirige en especial a los lugares comunes, a los géneros literarios de la época o a ciertas obras famosas. Seguramente esta fue la principal intención de Petronio al elaborar El Satiricón.

En el texto se apreciará que prácticamente no queda en pie ningún género de elocuencia, de declamación, de poesía, de filosofía, de historia.

Petronio se ríe también -y hace reír- de los autores predilectos de la época: Homero, Platón, Virgilio, Cicerón, Lucilio y hasta de sus contemporáneos, como Séneca y Lucano. Pero la risa petroniana no es la sarcástica y triste de Juvenal o Persio. No tiende ni a demoler ni a defender la actualidad; ella se sitúa a mitad del camino entre el sarcasmo moralizante de Catón y la burla destructora de Diógenes.

Se trata, en suma, de sonrisa y alegría benévolas, exentas de juicios de valor, más que de carcajadas despectivas.

No es raro, pues, que obra tan original no haya sido muy leída en los primeros siglos. Se puede afirmar que toda la literatura grecorromana ha pretendido o alejarse de la realidad cotidiana (poesía, filosofía) o contemplarla desde una altura moralizante y desapegada (historia, oratoria). Frente a esta manera de pensar se levantó Petronio (cap. 132) para exclamar: «Nihil est hominum inepta persuasione falsius nec ficta severitate ineptius» «<No hay nada más falaz que los estúpidos prejuicios humanos, ni hay nada más estúpido que la severidad hipócrita.>»).

Otro mérito de Petronio es el realismo psicológico del modo de hablar de sus personajes, sólo superado por Proust. No se puede hablar actualmente del latín vulgar y coloquial sin recurrir a Petronio, cuya riqueza léxica rivaliza con los graffiti de Pompeya.

Marcelino Menéndez y Pelayo en "La novela entre los latinos" (1875) pensaba que «es hasta un crimen traducir El Satiricón a las lenguas vulgares» y consideraba «como timbre de gloria el que nunca lo haya sido a la nuestra». A pesar de ello, no se equivocó en la valoración literaria del libro: El estilo es vivo, rápido, pintoresco y lleno de gracia y encanto; el lenguaje, con rarísimas

excepciones, purísimo y digno de la Edad de Oro. En la prosa apenas se encuentra resabio de decadencia; los versos, por la afectación y oscuridad, indican a veces ser hijos de su tiempo [...]. El Satiricón es una joya literaria, ejemplar de un género que apenas tiene modelos en la antigüedad: es el cuadro más completo que de una época nos queda; y encierra, considerado en absoluto, bellezas eternamente dignas de admiración y estudio [...] El cuento milesio de la Matrona de Éfeso es un dechado de fina ironía; el banquete de Trimalchion, un gran cuadro de género que puede aislarse del resto de la obra y que sorprende por la valentía y crudeza de las tintas; el episodio de los amores de Polyeno y Circe, un trozo de literatura galante y algo amanerada en que se advierte una cortesía erótica poco familiar a los antiguos.

La fecha de composición de El Satiricón es muy discutida, más la opinión contemporánea la fija mayoritariamente en la época neroniana. A lo largo de la novela aparecen referencias a los precios de varias mercaderías, así como de otros valores - reales o imaginarios- que, si son comparados con los de Pompeya, por ejemplo, permiten ubicar indiscutiblemente a la novela en el primer siglo de nuestra era.



EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice




Capítulos I a V



CAPITULO UNO

...Y no están poseídos por las mismas Furias los declamadores que vociferan lo siguiente? (1):

-Estas heridas que veis las he recibido por la libertad del pueblo; este ojo, por vosotros lo he sacrificado. Dadme un guía que me conduzca a mis hijos, que mis piernas con las corvas tajadas ya no me sostienen (2).

Estos discursos serían tolerables si por lo menos mostraran el camino de la elocuencia a los aprendices. Pero el caso es que esta verborrea y catarata de frases huecas sólo sirven para que, una vez en el foro (3), ellos se creen caídos en otro planeta.

Seguro estoy de que la razón del total embrutecimiento de estos jovencitos en la escuela es que nada de lo que allí oyen o ven les da una imagen real de la vida. Sólo se trata allí de piratas emboscados con cadenas en las playas, de tiranos que obligan a la gente con edictos a decapitar a sus propios padres, de sentencias de oráculos que en epidemias ordenan inmolar tres o más vírgenes.

Todo no es sino fraseología altisonante y dulzona. Todo, palabras y acciones, da la impresión de estar sazonado con adormidera y ajonjolí (4).

CAPITULO DOS

El paladar de los que se nutren con esto se trastorna: nunca huelen bien los que trabajan en la cocina.

Permitidme, pues, que os diga que vosotros sois los primeros responsables en haber echado a perder la elocuencia. Con vuestra palabrería inútil y vana y con

vuestros ridículos trabalenguas habéis transformado el buen decir en una cosa enfermiza y desmayada.

Los jóvenes no eran todavía prisioneros de las declamaciones en la época en que Sófocles y Eurípides encontraron la manera adecuada de hablar. En aquel tiempo no hubo ningún umbrático doctor de colegio que ahogara el buen gusto, cuando Píndaro y los nueve líricos (5) cesaron de cantar con el ritmo homérico.

Si no queréis que os cite solamente ejemplos de poetas, tomad a Platón y Demóstenes: yo no veo que hayan recurrido a esta clase de ejercicios.

La elocuencia, si es grande y, por así decirlo, casta, no ha de maquillarse ni hincharse. Triunfa cuando su hermosura es natural. No hace mucho que esta charlatanería fanfarrona y desequilibrada emigró del Asia hasta Atenas, envenenando con su influencia, como un astro maligno, las aspiraciones de los jóvenes a las grandes empresas. Con su estilo corrompido, la elocuencia se paralizó y enmudeció (6).

Decidme: en definitiva, ¿quién ha superado hasta ahora la gloria de un Tucídides o de un Hipérides? y no es únicamente la poesía la que ha perdido sus sanos colores. Todo lo que se ha empachado con dicho alimento no ha podido sobrevivir hasta las canas de la vejez.

También la pintura ha corrido la misma suerte desde que los egipcios osaron simplificar el procedimiento de este sublime arte.

CAPITULO TRES

Agamenón no soportó que mi declamación en el pórtico durase más que la suya propia hecha con sudores en la sala de conferencias (7).

-Muchacho -me dijo-, puesto que eres original en tu manera de hablar y, cosa extrañísima, aprecias el recto talento, yo te revelaré los secretos de este arte. Al fin de cuentas, no son los profesores los que tienen la culpa de estas prácticas pues están obligados a decir tonterías en medio de tantos imbéciles. Si sus lecciones no agradaran a estos chicos, «se quedarían solos en sus conferencias», como decía Cicerón (8).

Mira a los aduladores profesionales: cuando intentan ser invitados a la cena de algún magnate, lo primero que piensan es alabar lo mejor posible a su auditorio, ya que no conseguirían lo que buscan si no seducen las orejas de su personaje. El maestro de elocuencia es como el pescador que, si no pone en su anzuelo el cebo deseado por los pececillos, permanecerá toda la vida sobre la escollera sin esperanzas de pescar algo.

CAPITULO CUATRO

¿Conclusión? Son los padres quienes deben ser reprobados, pues no quieren hacer educar a sus hijos con una disciplina severa. Como en todo, lo primero que hacen es sacrificar en aras de la propia ambición sus esperanzas. Después, apresurados por las ganas, impulsan hacia el foro a estos espíritus todavía inmaduros en el estudio.

Y esta elocuencia, que consideran como lo más grande del mundo, es puesta en manos de recién nacidos. Si los dejaran realizar sus estudios de manera gradual para que el espíritu se impregne de los preceptos de la filosofía, para que extraigan las palabras de un implacable estilo (9), para que escuchen bien a los modelos que quisieran imitar, para que se persuadan de que todo lo que seduce a la infancia es mediocre, muy pronto esta sublime elocuencia recuperaría la autoridad de su majestad.

Hoy en día la niñez sólo se dedica a jugar en la escuela; la juventud hace el ridículo en el foro y, lo que es más vergonzoso, los mayores no se atreven a confesar la pésima educación que recibieron de niños.

Y para que no creas que desapruero las improvisaciones (10) familiares a la manera de Lucilio, me serviré como el de un poema para expresarte mis sentimientos:

CAPITULO CINCO

SI alguien desea cosechar los frutos de este difícil arte y aplicar la mente a lo sublime, debe; primero, llevar una vida rigurosamente regulada en la frugalidad; despreciar con frente serena el altanero palacio; dejar de merodear como un cliente vulgar la mesa de los poderosos; huir de compañías libertinas, no sea que el fuego de su ingenio se apague en el vino; no debe sentarse en el teatro para aplaudir por dinero cada frase de su actor; sino que, aunque le sonría la ciudadela de la belicosa Tritonia (11), o la tierra habitada por el colono lacedemonio (12), o la morada de las Sirenas (13), consagre sus primeros años a la poesía y beba con ánimo fecundo de la meonia fuente (14).

Una vez ahído de la socrática tropa, dé, libre, rienda suelta a su inspiración, y blanda las armas del gran Demóstenes. Rodéese después de la hueste literaria romana, y cambie con ella su estilo si lo tiene ataviado de resonancias griegas, e imprénelo de un sabor original.

De cuando en cuando despliegue en el foro sus páginas y dé libre curso a su lectura, y que allí resuene la Fortuna, caracterizada por la rapidez de sus cambios.

Nútrase de las bélicas hazañas, con ritmos feroces cantadas, y resuenen amenazantes los periodos grandiosos del indómito Cicerón. Adorna tu espíritu con estas riquezas: de esta manera saciado en el magnífico río de las Piérides (15), difundirás las palabras brotadas de tu pecho.

(1) Es Encolpio, el protagonista, el que habla en primera persona durante toda la novela y declama el presente discurso. Encolpio bien ha podido haberse referido a la historia de los abderitanos contada por Luciano al inicio de su libro "Como hay que escribir la Historia".

(2) El declamador imita a los candidatos al consulado pidiendo los votos del pueblo. Excita la conmiseración ostentando el castigo que se infligía a los prisioneros de guerra.

(3) Originalmente plaza de mercado, el foro se convirtió pronto en el centro de los asuntos públicos y privados. Alrededor de la plaza se levantaban los principales monumentos: basílicas, templos, curias, arcos de triunfo, bibliotecas, mercados, casas de préstamo

(4) Condimentos muy empleados en los dulces.

(5) Alceo, Gafo, Anacreonte, Íbico, Arquíloco, Baquilides, Alcman, Arión y Tirteo, según algunas listas. Todos poetas griegos que vivieron entre los siglos VII y V a. C.

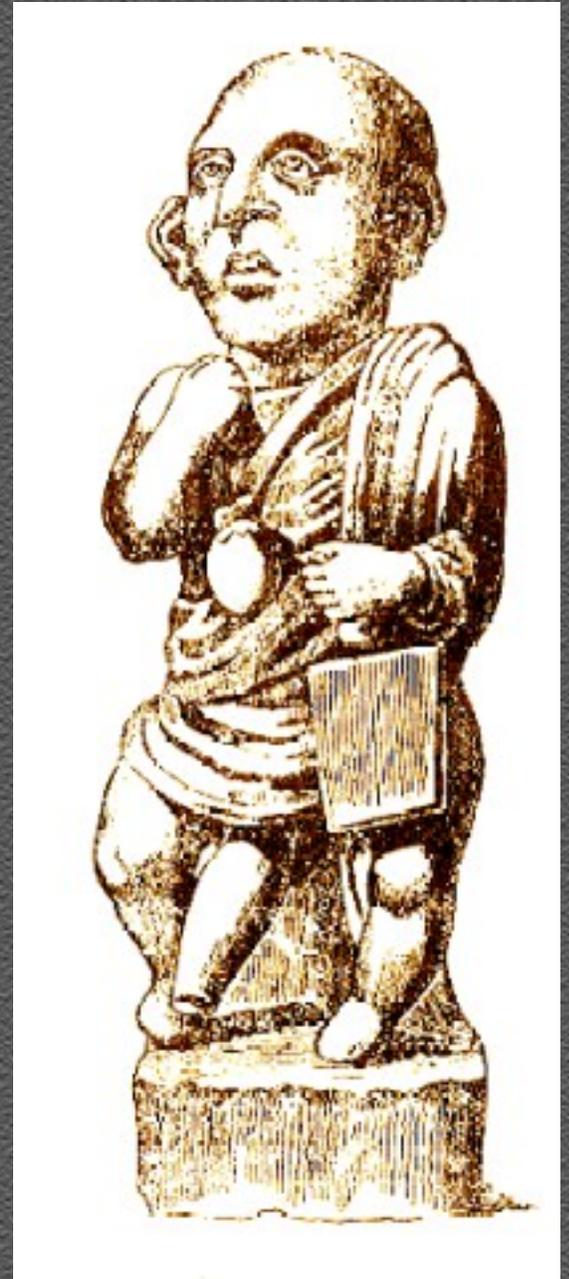
(6) El tema estaba de moda. Quintiliano escribió un libro, perdido, llamado "Causas de la corrupción de la elocuencia".

(7) La «schola» (sala de conferencias) era una sala contigua al pórtico.

(8) Pro Caelio, 17,41.

(9) Para entender la fuerza de la frase consideremos que «estilo» no sólo era el punzón usado para escribir en las tablillas sino también un instrumento de labranza.

(10) En el texto, «schedium», del griego: «hecho rápidamente».



Figurilla romana de barro cocido de la época de El Satiricón.

(11) Atenas. Otros creen que se trata de Turios, fundación ateniense.

(12) Tarento.

(13) Nápoles.

(14) Los poemas de Homero.

(15) Las Musas.

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos VI a X

CAPITULO 6

Por estarlo escuchando con atención no me di cuenta de que Ascilto ya se había marchado [...] Aproveché del calor de la discusión y silenciosamente me dirigí al jardín, donde vi pasar por el pórtico una banda numerosa de estudiantes. Parecía que venían de escuchar la declamación de algún improvisador que había respondido con una suasoria a Agamenón. Los jóvenes se reían de su estilo y comentaban burlescamente todo el discurso. No encontré mejor ocasión para escabullirme e ir inmediatamente a buscar a Ascilto.

Pero en la confusión fui a dar a una calle desconocida y, encima de esto, ni me acordaba de la dirección del albergue. Por más que caminaba, regresaba siempre al mismo lugar. Finalmente, cansado de andar y empapado en sudor, no me quedó más que abordar a una viejita que a grito pelado vendía verduras.

CAPITULO 7

Madre, por favor, ¿sabes tú por casualidad dónde vivo? -le pregunté.

- Estoy segura de que lo sé -respondió divertida por mi broma tan insulsa. Y levantándose, se puso a caminar delante de mí. Parecía ser alguna adivina, y [...] Sin tardar mucho llegamos a una casa de un barrio bastante apartado y, abriendo la cortina de la puerta, la amable vieja me dijo:

- Apuesto a que es aquí donde vives.

- En mi vida he visto esta casa -le estaba diciendo cuando se presentaron a mi vista ciertos personajes misteriosos deambulando entre carteles (1) y meretrices desnudas.

Tardé un momento, ¡demasiado tiempo!, en reconocer que había sido traído a un burdel.

Con una maldición para la vieja alcahueta, me cubrí la cabeza y me puse a buscar la puerta trasera en el interior del lupanar. y he aquí que me tropiezo con Ascilto, tan exhausto y molido como yo.

Fue de imaginar que tuvo a la misma vieja de guía. Lo saludé con una sonrisa burlona y le pregunté qué hacía en tan mal afamado lugar.

CAPITULO 8

Se secó el sudor con las manos y me respondió:

- Si supieras lo que me ha pasado!...**
- ¿Algo nuevo? -repuse.**

Y jadeante me contó:

- Hace un momento, por más que recorría toda la ciudad, no podía encontrar el albergue donde me alojaba. En esto se acercó a mí un señor muy decente que se ofreció con toda educación a enseñarme el camino. Después, internándose por oscurísimas y tortuosas callejuelas, me condujo a este lugar. Pero aquí con su aparato (2) en la mano me propuso dejarme fornicar por él. Ya la puta propietaria del burdel, había recibido su as (3) por la habitación, ya el tipo me había puesto la mano y ya, si yo no hubiera sido más fuerte que él, habría recibido mi porción [...]

...con tal fogosidad que aquí y allá todo el mundo parecía drogado con satirión (4) [...] ...uniendo nuestras energías, logramos rechazar el ataque del importuno [...]

CAPITULO 9

A pesar de la oscura neblina divisé a Gitón, parado en la vereda de la callejuela del albergue. Apuré allá mis pasos.

- Querido mío -le pregunté-, ¿has preparado ya la comida?**

El muchacho se sentó en la cama y comenzó a llorar. Las lágrimas se las enjugaba con el dedo gordo.

- ¿Qué te ha sucedido, hermanito? -le interrogué consternado por su aspecto.**

Sólo cuando a muchos ruegos mezclé varias amenazas consintió al cabo de un rato y de mala gana.

- Este compañero tuyo que, se supone, es tu mejor amigo, te precedió hace un rato en esta posada y le vinieron enseguida las ganas de atentar contra mi pudor.**

Como yo gritaba a más no poder, sacó su espada (5) y me dijo: «Si te haces la Lucrecia, ya encontraste en mí a tu Tarquinio.»

A esta noticia me dirigí hacia Ascilto, con los puños dirigidos a sus ojos, apostrofándole así:

- ¿Qué me dices a esto, so puta, más pasivo que las hembras, tú que hasta el espíritu lo tienes desflorado?

Ascilto, con un enojo bien disimulado y blandiendo los puños con más vigor, me respondió más fuerte todavía:

- ¡Cállate tú, gladiador obsceno (6), desecho de la arena! ¿Qué hablas tú, rufián nocturno, tú, que ni siquiera en la época cuando brincabas con fuerza, te has acoplado con mujeres decentes? ¡Tú, que me poseíste en un bosque así como ahora lo haces a tu muchacho en este albergue!

- ¿Es por ventura por esto por lo que te zafaste mientras el preceptor declamaba?
- le argüí.

CAPITULO 10

- ¿Qué otra cosa podía hacer, pedazo de imbécil, si me moría de hambre?
¿Hubieras querido que me quedara a escuchar sus frases resonantes como una quebrazón de vasos, que parecían más bien una interpretación de sueños? ¡Por Hércules!, eres más puerco que yo porque has alabado sus poesías sólo para hacerte invitar a una cena

Así esta discusión tan vergonzosa se transformaba poco a poco en carcajadas y, ya más tranquilos, pasamos a otras cosas [...]

Pero más tarde, volviéndome a la memoria su mala fe, le propuse a Ascilto lo siguiente:

- Mira -le dije-, nosotros no podemos llevarnos bien. Repartámonos nuestras pocas pertenencias y partamos cada uno por nuestro lado a buscar fortuna. Ni tú ni yo somos ignorantes. y para no estorbarte en tus negocios, me dedicaré a otros diferentes; en caso contrario nos peharemos a diario por mil motivos y seremos el hazmerreír de la ciudad entera.

Aceptó Ascilto, pero añadió:

- De todas maneras no perdamos tiempo esta noche ya que nos han invitado a cenar como eruditos. Mañana, si te da la gana, buscaré alojamiento y a otro amante.

- Es perder tiempo aplazar lo decidido -le dije. [...]

Mi apuro en separarnos provenía únicamente de mi pasión amorosa pues hacía tiempo que deseaba desembarazarme de este molesto espectador a fin de re iniciar mis placeres habituales con mi querido Gitón. [...]

(1) Estos carteles indicaban el nombre y las peculiaridades eróticas de las prostitutas.

(2) Petronio, como Plauto, usa «peculium» por pene.

(3) Las habitaciones se alquilaban por hora variando el precio entre 1 y 2 ases.

(4) Droga extraída de algunas orquídeas. Plinio describe sus propiedades y distingue hasta tres clases de ella

(5) <Gladius> tiene también sentido erótico.

(6) La frase parece abreviada. Lo que se quiere decir es que Encolpio, al derrochar todo su dinero, se hizo gladiador, y por esto ahora es un desecho de la arena».

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos XI a XV

CAPITULO 11

Inspeccionada toda la ciudad (1), regresé a mi dormitorio pudiendo al fin con tranquilidad comernos a besos mi muchacho y yo. Lo enlacé estrechamente en mis brazos y satisfacimos todos nuestros deseos con tal placer que era para dar envidia. Ni siquiera todo estaba consumado cuando de repente, Ascilto que se había acercado de puntillas a la puerta, rompió estrepitosamente la cerradura y me cogió de sorpresa en pleno jugueteo con mi querido. Llenó el cuarto con carcajadas y aplausos, arrancó la sábana que me cubría, y exclamó: - ¡A qué te dedicabas mi muy santísimo hermano? ¡Cómo! ¿Os juráis en la cama amistad eterna? y no contento con esta broma, desató la correa de su alforja y empezó a azotarme sin ningún reparo. Sus golpes los sazonaba además con sarcasmos de esta índole: - ¡Cuidado, querido hermanito, con que me des a mí lo mismo cuando hagamos la repartición de bienes! (2) [...]

CAPITULO 12

A la caída del sol llegamos al foro. Vimos un baratillo con muchas mercaderías bastante baratas, pero cuya dudosa calidad encontraba una cómoda protección en la oscuridad de la tarde. Como nosotros también habíamos traído el palio (3) 'robado', aprovechamos la brillantísima ocasión para instalamos en un rincón y desplegar un orillo del palio en espera de algún comprador que se viera atraído por el visto de la prenda.

En efecto, al cabo de un rato, un labrador, que no me era del todo desconocido, se acercó en compañía de una fulana y con sumo cuidado se puso a examinar el palio.

Ascilto observaba al paisano por detrás; de repente enmudeció y palideció. A mi vez yo me sobresalté no poco al reconocer que aquel hombre era el que había hallado mi túnica en el lugar solitario de antes. No podía ser otro. Ascilto no

quería creer a sus ojos. Para cerciorarse mejor, se acercó al hombre de marras como si él también fuese otro comprador. Cogió el faldón de la túnica que le colgaba de los hombros, y se puso a palparlo con meticulosidad.

CAPITULO 13

- ¡Oh, admirable capricho de la Fortuna! El campesino ni siquiera había tenido la curiosidad de rebuscar en las costuras y llevaba la túnica con asco, como si fuera la de algún mendigo, sólo con ánimo de venderla.

Al asegurarse Ascilto de que nuestro tesoro permanecía inviolado y contando con la poca sagacidad del vendedor, me condujo un poco a parte y me dijo:

-¿Sabes, querido mío, que el tesoro tan llorado por mí como perdido ha regresado? Aquella es nuestra amada túnica y guarda consigo todavía todos nuestros áureos como lo he comprobado. ¿Qué hay, pues, que hacer? ¿Qué argumentos emplear para exigirle lo que nos pertenece?

Doblemente encantado de contemplar nuestro botín y de verme librado por la Fortuna de la peor de las sospechas, propuse no emplear ningún rodeo y combatir con el derecho civil en la mano. Si el otro se negase a devolver el objeto a su legítimo propietario, podríamos recurrir al interdicto (4).

CAPITULO 14

Mas las leyes infundían temor a Ascilto:

-¿Quién nos conoce en este lugar? -decía ¿Quién querrá creemos? Mi opinión es comprar la túnica aunque sea bien nuestra. Es mejor recuperar el tesoro con unos cuantos cobres que embarcarnos en un litigio incierto. ¿Qué pueden hacer allí las leyes donde sólo el dinero reina, allí donde nunca un proceso la pobreza ha ganado? Hasta los que pasan la vida con el morral de los cínicos (5) comercian con la verdad más a menudo de lo que se piensa. Convenzámonos de que la justicia no es otra cosa que pública mercadería, y que el caballero (6) que preside la defensa de las causas lo único que hace es reglamentar el mercado.

Por desgracia, salvo un dupondio, destinado a comprar garbanzos y altramuces, estábamos con las manos vacías.

Para no perder el botín decidimos entonces ceder el palio a poco precio: este pequeño sacrificio se vería compensado con una mayor ganancia futura.

Sin perder tiempo les expusimos nuestro artículo. La mujer que acompañaba al campesino, embozada con un velo, seguía examinando con atención el palio. En una de esas lo agarró con ambas manos del borde y se puso a gritar: -¡Estos son los ladrones!

Nos cogió de sorpresa, pero, sin quedarnos atrás, nos lanzamos también nosotros hacia su rota y sucia túnica y proclamamos a voz en cuello que esos harapos eran nuestros.

Pero la partida no estaba pareja. Los chamarileros, atraídos por nuestra curiosa disputa, reían a mandíbula batiente y no sin motivo: por un lado se reivindicaba una finísima prenda, y por el otro, unos andrajos que ni aún en retazos podían valer algo. Por fin Ascilto hizo cesar las risas y, logrado un poco de silencio, declaró:

CAPÍTULO 15

Estamos viendo que cada uno de nosotros aprecia en alto grado lo que le pertenece; en consecuencia, que ellos nos devuelvan nuestra túnica y después recibirán su palio.

Al palurdo y a la mujer les pareció bien el cambio, pero unos tinterillos con cara de granujas, en mala hora quisieron sacar provecho del palio e intervinieron diciendo:

- Dejados a nosotros ambas prendas hasta que mañana el juez dictamine sobre la disputa, pues no se trata sólo de resolver un litigio de propiedad. Hay otra cosa más importante porque existe sospecha de robo en ambos rivales (7).

Ya al público le parecía buena la idea de nombrar a algún secuestrador (8) y ya uno de la turba, un calvo lleno de forúnculos, que solía también entrometerse en los procesos, se había lanzado sobre el palio, afirmando que al día siguiente lo traería. Era claro que lo único que buscaban era que dejásemos el palio en poder de aquellos rateros para quedarse definitivamente con él pues esperaban que no compareceríamos a la citación por miedo a ser acusados de robo. [...]

Sobre este punto no podríamos estar más de acuerdo con nuestros adversarios y el azar favoreció a ambas partes. El campesino, indignado porque lo que le exigíamos con tanto afán eran unos guiñapos, arrojó la túnica a la cara de Ascilto y, para acabar con el lío, nos ordenó depositar en una tercera persona el palio, única materia de litigio para él. [...]

Con la mente puesta en nuestro tesoro recobrado, corrimos al albergue a toda velocidad. A puertas cerradas nos divertimos a carcajadas del cacumen de los mercaderes y de nuestros acusadores. ¡No pudimos devolver el dinero con

mayor inteligencia!**Inmediata satisfacción a mis deseos obtener no busco, y las victorias preparadas de antemano desprecio.**

(1) Literalmente: «después de barrer con mi mirada toda la ciudad». Esto hace suponer a P. Grimal que el cuarto de Encolpio daba a una terraza, en una parte elevada de la ciudad.

(2) literalmente: <no vayas a dividir así con tu hermano>. la perífrasis se justifica porque <dividere> significa también <sodomizar>.

(3) Conviene aquí describir el vestido de los romanos. Los antiguos no llevaban ropa interior propiamente dicha. De allí la vergüenza de Fortunata al ser levantada de los pies (cap. 67). Encolpio solo tiene que levantarse la túnica para enseñar su sexo (cap. 140). la túnica masculina llegaba hasta la pantorrilla; la de las mujeres hasta los talones. Se llevaba ceñida a la cintura con una correa. Para facilitar los movimientos, se la arremangaba lo más arriba posible (caps. 19, 21, 126). Una banda ancha de púrpura o laticlavía, tejida sobre ambos lados de la túnica, indicaba a los senadores (cap. 76) y, si la banda era angosta, a los caballeros. Para la calle o en público, los hombres se ponían encima la toga, el vestido nacional romano por excelencia. Los niños, los altos funcionarios y algunos sacerdotes llevaban una banda de púrpura tejida en el borde anterior de la toga. Esta toga se llamaba pretexta. A los 17 años el niño la abandonaba y la depositaba, con las bulas, en el larario. Era el día de la toga viril.

En el cap. 81 se informa que lo que hizo Gitón ese día fue adoptar la estola femenina. El séviro Trimalción querrá ser enterrado con la pretexta (cap. 78). la estola, vestido exclusivo de las mujeres, era una segunda túnica con mangas. Encima de ella se ponía un manto (<palla>) que servía para cubrirse a voluntad la cabeza (cap. 124). Parece que los afeminados también lo hacían (cap. 101). El manto llamado palio reemplazaba muy frecuentemente a las embarazosas togas y <pallae>. la maga Enotea se viste con un palio cuadrado (cap. 135). El refinado Trimalción se seca con palios de pura lana finísima en vez de hacerla con toallas (cap. 28). El calzado de calle se llamaba <calcei>, que cubría el tobillo y se sujetaba con pasadores (cap. 136). En privado y sobre todo en los banquetes, se usaban las sandalias, <oleae> (cap. 156). Era una grave inconveniencia mostrarse en público en sandalias como lo hace Trimalción (cap. 27)

(4) Los interdictos eran unas disposiciones dadas por el pretor o por el presidente de una provincia para cortar ciertas disputas. Mas, precisamente, aquí se trata del interdicto «retinendae possessionis», que estaba destinado a poner un término a los conflictos que se suscitaban entre dos personas por la posesión de una cosa.

(5) El cinismo tiene por fundadores a Diógenes y a Amostenes. Más que sistema filosófico, es un movimiento negativo, subversivo y demoleedor, de oposición a todos los valores sociales, a los refinamientos y complicaciones de la vida ciudadana, que trata de sustituir por la pretendida sencillez de la vida «natural». Diógenes no usaba túnica, y por todo vestido llevaba un manto doble «<tribón>»), un bastón y un zurrón de mendigo,

indumentaria que llegó a ser una especie de uniforme de los cínicos. Petronio, al hablar de la banalidad de los cínicos, quizá aluda a la vida poco ejemplar de Menipo. Este, sea dicho de paso, fue el creador de las sátiras menipeas, género literario, mezcla de prosa y poesía, precursor de Varrón y de Petronio.

(6) Los tribunales ordinarios estaban formados por tres «decurias judiciales». Una de ellas, desde la Ley Aurelia (70 a. C.), estaba integrada por la orden ecuestre, es decir, los caballeros. Representantes del Senado y tribunos del tesoro constituían las otras.

(7) Los retóricos distinguían cinco grados de representabilidad o defendibilidad del discurso: el honesto, el dudoso, el paradójico, el humilde y el oscuro. En la Retorica de San Agustín se da el siguiente ejemplo del género «humilde y sórdido»: «un pobre vendía vestidos; apareció otro pobre que los reivindicaba como propios y manifestaba que le habían sido robados.... Probablemente es una alusión a este episodio del Satiricón

(8) El «sequester» era la persona en cuyas manos se depositaba la prenda disputada, con cargo de conservarla y devolverla a la parte que ganase la causa.

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice



Capítulos XVI a XX

CAPITULO 16

Estábamos saboreando la cena preparada con cariño por Gitón, cuando he aquí que sonaron en la puerta unos golpes estrepitosos. Todos pálidos, preguntamos:

-¿Quién es?

-¡ Abre y ya verás ! -fue la respuesta.

Mientras deliberábamos, la cerradura cedió sola y la puerta se abrió bruscamente ante una mujer velada que era la compañera del campesino de antes.

-¿Habéis querido burlaras de mí? -nos dijo- Yo soy la esclava de Cuartila y vosotros sois los que interrumpisteis su ceremonia en la gruta (1). Ella en persona ha venido también a vuestro cuchitril y desea entrevistarse con vosotros. Mas no tengáis miedo, que no trae ninguna intención de quejarse por vuestro error ni de castigaros. Está más bien preocupada por saber qué divinidad se ha dignado llevar a su barrio a jóvenes tan apuestos como vosotros.

CAPÍTULO 17

Nos quedamos mudos y perplejos sin saber qué decir.

Seguidamente entró la tal Cuartila acompañada de una niña; se sentó en mi cama y se puso a llorar largamente. Nosotros seguíamos sin soltar palabra y más atónitos todavía ante la lacrimosa escena de dolor, a ojos vistas preparada de antemano. Al calmarse tan aspaventoso diluvio, se quitó el palio de su cabeza mostrando una expresión altiva. Se retorció las manos hasta crujir las articulaciones, y nos dijo:

- ¿Qué insolencia es esta? ¿Dónde habéis aprendido estos latrocinios que aventajan a los de la leyenda? No obstante, temo mucho por vosotros: el dios Fidio me es testigo (2). Hasta ahora nadie ha logrado contemplar impunemente lo que está prohibido. Pero bien sé que nuestro país está tan lleno de divinidades propicias que es más fácil tropezarse con un dios que con una persona. No creáis pues que he venido aquí en son de venganza. Estoy más conmovida por vuestra inexperiencia que por la afrenta recibida. Todavía creo que únicamente por imprudencia habéis cometido este crimen inexpiable. Sin embargo, aquella noche de la profanación me dieron unos escalofríos tan horribles que creí que eran ataques de terciana. Pedí entonces la medicina al sueño (3), e inmediatamente recibí la orden de buscaros; y se me reveló una manera sutil para curar los ataques de mi enfermedad. Pero no es el remedio lo que más me inquieta. Hay algo que me desgarrá más las entrañas y , que puede obligarme a buscar la muerte, y es que vosotros, dejándoos llevar por una juvenil indiscreción, divulgáis algún día lo visto en el santuario de Priapo y repitáis en público las revelaciones divinas. Aquí me tenéis postrada a vuestros pies con las manos suplicantes. Os ruego y os suplico: no toméis en broma ni en juego nuestras ceremonias nocturnas; no reveléis estos secretos de tantos años que solamente mil personas conocen.

CAPÍTULO 18

Al acabar su deprecación, se puso otra vez a derramar lágrimas. Prorrumpió en largos sollozos, inclinando finalmente la cabeza y el pecho en mi cama.

Yo estaba turbado tanto por la compasión como por el miedo.

- ¡Animo! -le dije- por ambas cosas tened confianza en nosotros, que no vamos a divulgar ningún secreto y, por lo que atañe a la fiebre, si algún dios os ha indicado el remedio, aquí estamos nosotros para secundar la providencia divina, aunque haya que arriesgar la vida.

Sosegóse la dama con esta promesa y me llenó efusivamente de besos. Mudando lágrimas en sonrisas me dijo mientras me acariciaba los rizos que me colgaban por detrás de la oreja:

- Sólo me queda entonces hacer una tregua con vosotros. Retiro mi acusación. Pero sabed que si por las buenas no hubierais aceptado proporcionarme el remedio solicitado, mañana se habrían encargado de vengar mi injuria y mi honor unos hombres que ya tenía listos.

Soportar el desprecio es infamante, vengar las ofensas es mi orgullo. Mi placer estriba en caminar sin obstáculos por donde el capricho me lleve. El sabio mismo, si por alguien es vejado, levanta en público un litigio. Suele acabar ganando el que a su adversario no degüella [...]

Luego, dando palmadas, soltó tal carcajada que nos infundió pavor. Lo mismo hizo a su lado la esclava que entró primero; lo mismo hizo la doncellita que vino con ella.

CAPÍTULO 19

Todo retumbaba con estas espectaculares risotadas sin que comprendiéramos nada todavía de su brusco cambio de humor. Nos mirábamos un momento y mirábamos después a las mujeres. [...]

- Así, pues, he hecho prohibir la entrada de toda alma viviente en la posada para poder recibir de vosotros sin ninguna molestia el remedio contra la terciana.

A estas palabras de Cuartila, Ascilto quedó paralizado cierto tiempo. Yo, más helado que un invierno de las Galias, tampoco supe qué replicar, mas confiaba en mis compañeros si algún percance me aconteciere. Tres mujerzuelas, por más emprendedoras que fuesen, no podrían nada contra nosotros que, a falta de otra cosa, teníamos sexo masculino. Además estábamos ya con el vestido recogido.

Más aún, yo ya había ordenado el plan de batalla combinando las parejas si acaso nos atacaban: yo me encargaría de Cuartila, Ascilto de la esclava, y Gitón de la doncella. [...]

Quedamos atónitos, y toda nuestra valentía se vino al suelo, y ya la muerte ineluctable lanzaba su sombra sobre nuestros desventurados ojos. [...]

CAPÍTULO 20

OS suplico, señora -exclamé-, que, si nos reserváis algo más funesto, acabéis pronto de una vez con nosotros. Nuestro pecado no es tan grande como para morir torturados. [...] y listos para el combate.

(1) Ceremonia del culto de Príapo.

(2) Juramento muy usado por los romanos.

(3) Los sueños desempeñaban un rol muy importante en las curaciones de Esculapio

(Asclepio), el principal dios salutífero del mundo antiguo.

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos XXI a XXV

CAPITULO 21

Queríamos pedir ayuda, pero no había quien pudiera socorrernos, en nuestra desgracia. Por un lado, Psique me pinchaba las mejillas con una horquilla cada vez que intentaba apelar a los quirites (1).

Por otro lado, la mozuela perseguía a Ascilto con un pincel empapado de satirión. [...] y para colmo apareció un maricón (2) emperifollado con una gausapa (3) verde mirto (4) recogida hasta el ombligo. [...]

Ya se frotaba a nosotros esparrancándose de nalgas, ya nos babeaba con sus hediondos besos. Cuartila, por fin, con una varilla de ballena en la mano y con las faldas también levantadas, ordenó interrumpir por un rato nuestro suplicio. [...]

Nosotros juramos por lo más sagrado que había que tan horrible secreto perecería con nosotros. [...]

Vimos entrar varios entrenadores de palestra que nos pusieron en buena forma masajeándonos bastante con aceite fino. Olvidamos el cansancio, nos pusimos los vestidos de cena y fuimos conducidos a la sala vecina.

Tres lechos estaban preparados alrededor de una magnífica mesa arreglada con gran pompa para un banquete. Nos invitaron a echarnos en nuestros sitios, y se empezó con unas entradas maravillosas acompañadas de vino de Falemo (9) en abundancia. Después comimos también otros platos que acabaron por provocarnos el sueño.

-¿Qué quiere decir esto? -gritó Cuartila- ¿Cómo se os ocurre dormir sabiendo que hoy tenemos que celebrar la vigilia en honor del Genio de Priapo? [...]

CAPÍTULO 22

Como Ascilto caía adormecido, agobiado como estaba con tantas tribulaciones, la esclava que había sido desdeñada injuriosamente por él aprovechó la ocasión para embadurnarlo con gran cantidad de hollín y, sin que se diera cuenta, le pintó los labios y los hombros con un tizón apagado!

Molido de cansancio, yo también caía poco a poco placentemente en la somnolencia. Toda la servidumbre hacía lo mismo dentro y fuera de la sala. Unos yacían desparramados a los pies de los invitados; otros, recostados en los muros; y había quienes roncaban en el umbral de la puerta mutuamente reclinados en sus cabezas. Las lámparas, casi sin combustible, despedían una mortecina y exánime luz.

En ese momento dos sirios se deslizaron en el triclinio para robar un cántaro de vino. Pero como se pusieron a pelear por él cerca del sitio donde estaba la vajilla de plata, se les quebró entre las manos, y volcaron la mesa con toda la vajilla.

Voló una copa de vino hasta estrellarse con fuerza en el cráneo de una sirvienta adormecida en un lecho.

Ella pegó un grito por el golpe, que casi le rompe la cabeza. Al mismo tiempo la bulla provocó tanto la alarma de los ladrones como el despertar de varios borrachos. Los sirios, que habían entrado sólo para robar, con miedo de ser cogidos con las manos en la masa, se tumbaron al pie de un lecho, y al mismo tiempo, como si lo hubiesen ensayado de antemano, se pusieron a roncar como si hubieran estado durmiendo hacía horas.

El mayordomo, ya despierto, empezó a echar aceite en las lámparas moribundas. Los esclavos, después de restregarse un poco los ojos, reanudaron el servicio.

Repentinamente entró una cimbalista (5) que, tañendo sus platillos, acabó por despabilarnos por completo.

CAPÍTULO 23

Se reinició, pues, el convite. Cuartila nos incitaba otra vez a beber. El son de los címbalos aumentaba la excitación de la dueña del jolgorio. [...]

El maricón se nos presentó. Era un tipo de lo más repugnante, digno comensal de aquella casa. Después de lanzar una especie de gemido y de retorcerse las manos, recitó los siguientes versos:

**Venid a mí aquí enseguida,
delicados bujarrones, aquí,
alargad el paso,
corred de prisa, volad con los pies.
Traed los muslos amables,
las nalgas activas,
!las manos lascivas,
oh tiernos mancebos,
oh veteranos amantes,
oh castrados por la mano del Delio (6) en persona (7).**

Acabada su recitación, me babeó con el más inmundo de sus besos. Plantóse luego en mi cama y, por más que me defendí, logró arrancarme los vestidos y se sentó sobre mi verga, meneándose con mucho jaleo pero sin conseguir ningún resultado.

De su frente chorreaba un torrente de sudor mezclado con la pomada de acacia que se había puesto. Tanto polvo había en su piel arrugada que sus cachetes parecían dos paredes a punto de desplomarse por la lluvia.

CAPITULO 24

Sin poder contener más las lágrimas y desesperado al extremo, exclamé: - Por favor, señora ¿no me habíais prometido un embasiceta? (8)

- ¡Oh! ¡Qué agudeza de espíritu! - respondió Cuartila aplaudiendo con gracia - ¡Oh fuente de humor castizo! ¿No sabéis que a los maricones se los llama también embasicetas?

Con intención de conseguir que mi camarada me reemplazara en mejor forma, le respondí: - Si sois justa, ¿por qué Ascilto es el único que goza de vacaciones en

este triclinio?

- Tienes razón -dijo- ¡Qué le pasen el embasiceta a Ascilto!

Dicho y hecho: el maricón cambió de caballo, pegó un salto hacia mi compañero y lo aplastó con su trasero y sus besos.

Gitón, parado ante nosotros, se rompía los ijares de risa.

Cuartila se fijó en él y me preguntó con el más vivo interés a quien pertenecía el muchacho.

- Es mi amante - respondí.

- ¿Y por qué no me ha besado todavía? - dijo y, llamándolo, le dio un beso en plena boca. Metióle también la mano por debajo de la ropa para sobarle su inexperto cañito.

- Mañana esto se estrenará conmigo en la guerra a guisa de preámbulo a mis placeres ya que después de la merluza que me he comido (9) no apetezco cosas banales - dijo.

CAPITULO 25

Mientras ella hablaba, Psique se acercó sonriendo y le dijo no sé qué cosa al oído.

-Claro, claro -exclamo Cuartila-. Tienes razón. ¿Por qué no? La ocasión es formidable. ¡Hay que desvirgar a nuestra querida Panníquide!

Un momento después nos mostró a una niña bastante bonita que no parecía tener más de doce años, la cual había venido con Cuartila a nuestra habitación. Todo el mundo aplaudió la idea y reclamó la pronta consumación de las nupcias.

- Gitón es un niño muy vergonzoso -repliqué pasmado. Él no se prestará a hacerlo delante de todos. Además de esto la niña todavía no está en edad de soportar normalmente su función femenina.

- ¿Y qué? - me interrumpió Cuartila- ¿Acaso tiene menos años de los que tuve yo cuando aguanté a mi primer varón? Que recaiga sobre mí la ira de Juno si me acuerdo haber sido virgen alguna vez. Desde niña ya me revolcaba con mis compañeros y, a medida que pasaban los años, me dediqué a muchachos más robustos. Es así cómo he llegado a la edad en que me veis. Seguramente esto es el origen de aquel proverbio: «Muy bien soportar puede al toro el que cargar pudo al ternero» (11)

No me quedó más que levantarme para asistir a la ceremonia nupcial pues temía que, en privado, le pasaran a mi querido peores cosas.

(1) Ver nota 4 del capítulo 134.

(2) Traducción de «cinaedus», de etimología griega: «el que se mueve o danza». Injurio aplicada a los profesionales del sexo.

(3) Tejido de lana con los pelos en una cara y liso en la otra.

(4) El color de los afeminados.

(5) Los címbalos antiguos eran más pequeños que los modernos. Eran típicos de las ceremonias en honor de Cibele.

(6) Apolo. Díaz y Díaz traduce esta frase: «voluntarios capones de Delos».

(7) Esta poesía y la primera del capítulo 132, ambas picarescas, están formadas de versos sotádicos, de Sotades, poeta alejandrino especializado en la obscenidad. Sotades se entretenía componiendo versos que, leídos al revés, daban un sentido indecente. A estos versos se los llamaba «cinaedi».

(8) Embasiceta era un jarro para servir vino, pero al mismo tiempo designaba al escanciador y, por extensión, al afeminado a causa del mito de Ganimedes.

(9) «Asellus» puede significar merluza y pollino. La frase es un proverbio latino intraducible con su doble sentido escabroso.

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos XXVI a XXX

CAPITULO 26

Al momento Psique cubrió la cabeza de la niña con un flámeo (2). El embasiceta abrió la marcha con una antorcha (3). Atrás, las mujeres, completamente borrachas, formaban un largo cortejo batiendo palmas. Ya habían arreglado el tálamo con una sucia colcha. Excitada por la parodia, la misma Cuartila tomó de la mano a Gitón para conducirlo a la habitación.

En verdad a mi muchachito no le desagradaba el asunto, y la misma niña permanecía impasible ante su inminente desfloramiento.

Cuando se echaron en el lecho, los dejamos adentro y nos sentamos en el umbral de la cámara nupcial. Con lúbrica curiosidad Cuartila, en primera fila, espiaba todas las maniobras de los niños a través de una rendija de la puerta viciosamente hecha a propósito.

Con acariciadora mano también me atrajo a mí para contemplar el espectáculo. Y como en esta posición se tocaban nuestras mejillas, cada vez que ella dejaba de mirar, me frotaba de paso los labios por mi cara y aprovechaba para darme una serie de besos furtivos. [...]

Nos zambullimos en las camas y pasamos sin inquietud el resto de la noche. [...]

Ya habían pasado tres días, o sea que esa noche nos tocaba la cena libre (4).

Pero tan molidos estábamos por los golpes que más nos inclinábamos por la fuga que por el descanso. Deliberábamos muy intranquilos sobre la manera como nos libraríamos de la inminente borrasca, cuando un siervo de Agamenón vino a

poner fin a nuestra perplejidad.

- ¡Eh vosotros! - nos dijo- ¿Conocéis a la persona en cuya casa tenéis hoy el compromiso? Se llama Trimalción y es uno de los más distinguidos que haya. Para estar informado continuamente del transcurso de su vida tiene un reloj (5) en el triclinio y un tocador de bocina (6) expresamente contratado para ello.

Olvidamos, pues, nuestras calamidades y nos vestimos lo más elegantemente que pudimos. Propusimos a Gitón que nos hiciera compañía durante el baño. ¡Nuestro Gitón que hasta el momento había desempeñado con tanta alegría su rol de esclavo!

CAPITULO 27

Sin desvestimos, nos pusimos a caminar (7), o más bien a barzonear, y llegamos hasta un grupo de jugadores.

Al instante atrajo nuestra atención un viejo calvo y cubierto de una túnica granate que jugaba a la pelota, rodeado de varios esclavos melenudos.

Estos, empero, aunque valían la pena, no nos llamaron tanto la atención como el propio paterfamilias que, calzando sandalias, se ejercitaba nada menos que con pelotas verdes.

Cada bola que tocaba tierra era desechada y, para este efecto, había un esclavo con una bolsa llena de pelotas que servía a los jugadores.

Notamos varias otras curiosidades. Entre ellas, dos eunucos a cada lado del corrillo. Uno sostenía una bacínica de plata, y la función del otro era llevar la cuenta de las pelotas, mas no de las que los jugadores alternativamente se pasaban sino de las que caían al suelo.

Menelao (8) se aproximó a nosotros, que estábamos boquiabiertos con estos refinamientos, para explicarnos: - Este es el hombre en cuya casa os vais a regodear . Mejor dicho, ya estáis asistiendo en este momento a los preludios de la cena.

Al callarse Menelao, Trimalción castañeteó los dedos.

A esta señal el primer eunuco le tendió la bacínica en pleno juego. Descargada su vejiga, pidió agua, se lavó la punta de los dedos y se los secó en los cabellos de un esclavo.

CAPITULO 28

Sería largo contar en detalle todo lo que vimos. Así, pues, entramos al baño, sudamos a nuestras anchas y, al cabo de un rato, pasamos al agua fría.

Trimalción, untado de perfumes, se hacía secar no con toallas corrientes de lino sino con palios de pura lana finísima.

En su presencia tres masajistas profesionales estaban bebiendo una botella de Falerno (9) y, en el calor de una discusión, derramaron al suelo una buena cantidad de vino. Trimalción declaró que estaban brindando a su salud con su vino (10).

Envolvióse luego con una gausapa escarlata y fue colocado en una litera. Esta iba precedida por cuatro corredores con faleras (11) y por un coche de mano que transportaba al favorito de Trimalción: un avejentado y legañoso niño, más repelente que su propio amo.

En el trayecto se acercó a la cabecera un músico provisto de minúsculas flautas que, durante todo el recorrido, le tocó al oído como si le hubiera estado contando algún secreto. Lo seguíamos tan asombrados por todo esto que se nos había pasado el hambre.

Por fin llegamos con Agamenón a la puerta de la casa.

En una de las jambas se veía clavada esta inscripción: «Todo esclavo que salga por esta puerta sin la autorización del amo será castigado con cien azotes.»

En la entrada había un portero vestido con una túnica verde sujetada por un cinturón color cereza, que expurgaba guisantes en una bandeja de plata. En el dintel colgaba una jaula dorada con una picaza pinta que saludaba a los que entraban.

CAPITULO 29

Todo esto me tenía pasmado y un momento estuve a punto de caerme de espaldas y romperme las canillas: a la izquierda de la entrada, no lejos de la portería, estaba pintado en la pared un enorme perro encadenado con un letrero encima, en letras mayúsculas, que decía: -¡Cuidado con el can! (12)

Riéronse de mí los compañeros. Una vez que recobré aliento no quise perderme ningún detalle de los muros.

Había una pintura de un mercado de esclavos con sus etiquetas

Y otra del mismísimo Trimalción con cabellos largos que, caduceo en mano (13), entraba en Roma guiado por Minerva. Se veía también cómo había aprendido a contar y cómo, mas tarde, se había hecho tesorero. El minucioso pintor había descrito todo esto con leyendas apropiadas.

Al final del pórtico, Mercurio levantaba a Trimalción de la barbilla y lo conducía a un elevado estrado.

A uno de sus costados estaba la Fortuna derramando el cuerno de la abundancia y al otro, las tres Parcas hilando en su rueca una hebra de oro.

En el pórtico noté también que unos corredores se ejercitaban con su monitor. Al final, en una esquina, vi un gran armario en cuyos anaqueles se habían colocado unos Lares de plata, una estatua de mármol de Venus y un no pequeño cofre de oro en el que, según nos decían, se guardaba la barba del patrón (14).

En el interior de la casa me puse a preguntar al atriense (15) qué representaban las pinturas que allí se veían.

Respondióme: - Se trata de la Iliada y de la Odisea, y del combate de gladiadores patrocinado por Lenate.

CAPITULO 30

Nos faltaba tiempo para observar todo. [...] ya habíamos llegado al triclinio en cuya antesala el intendente recibía las cuentas. Lo que más me maravilló en ese lugar fueron unas fascas con segures clavadas en el jambaje de la puerta. Debajo de ellas había una especie de espolón de barco hecho de bronce, con un letrero de este tenor: «A Cayo Pompeyo Trimalción, séviro augustal, su tesorero Cinamo.»

Junto al letrero había una lámpara de dos picos que colgaba de la bóveda. En ambas jambas estaban clavados otros dos letreros. En uno, si bien me acuerdo, se leía: «La antevíspera y la víspera de las calendas de Enero nuestro Cayo cena fuera de casa». En el otro habían dibujado el curso de la luna y los símbolos de los siete planetas; los días fastos y nefastos estaban marcados con redondeles de diferente color.

Empachados con tanta decoración, nos disponíamos a penetrar en el triclinio, cuando un esclavo puesto para este oficio nos gritó: - ¡Con el pie derecho!

Al instante temimos que alguno de nosotros ya hubiera transgredido la orden de atravesar el umbral de esta manera. Después todos avanzamos un paso con el pie derecho pero, en esto, un esclavo desnudo se nos arrojó a los pies implorándonos que lo libráramos del castigo al que se veía expuesto por una falta que no era tan

grave, como nos explicó: se había dejado robar en los baños la ropa del tesorero, pero, decía, su valor felizmente era apenas de diez sestercios.

Retrocedimos con el pie derecho y fuimos a rogar al tesorero, que estaba contando monedas en el atrio, que perdonase el castigo al esclavo. Él alzó la cabeza con arrogancia y nos respondió de la siguiente forma: - El motivo de mi decisión no es tanto el robo en sí mismo como la negligencia de este esclavo estúpido que me ha perdido el regalo de un cliente por mi cumpleaños. Era un vestido de festín que, estoy seguro, estaba teñido de púrpura de Tiro. Pero sólo había recibido un baño. ¿Qué más me da? Pongo a este en vuestras manos.

*****.

(1) El célebre atleta Milón de Crotona se ejercitó en cargar un ternero recién nacido todos los días hasta que el animal hubo crecido completamente. Sin duda esta historia es el origen del refrán y no la de Cuartila.

(2) Velo color de fuego que se ponía a las desposadas. El pasaje es una parodia de las ceremonias del matrimonio.

(3) Hace el rol de la «pronuba,. o matrona que conducía el cortejo.

(4) La cena libre era la ofrecida a los gladiadores y bestiarios antes del espectáculo. Aquí se emplea seguramente en sentido figurado por lo relajada que era la cena.

(5) Puede tratarse de un cuadrante solar, de una clepsidra o de la máquina hidráulica inventada por Ctesibio (139 a. C.).

(6) La bocina era un instrumento muy parecido al corno, pero sin agarradera, como el olifante. Tenia usos militares, como transmitir órdenes o anunciar el relevo de la guardia nocturna.

(7) Ya están en el baño público. Muchas casas contaban con baño privado. Los más frecuentados eran los públicos: unos construidos y explotados con fines de lucro por empresas privadas «<balnea»), y otros, gratuitos, construidos por el Emperador o alguien importante «<thermae»).

Las termas se componían de las siguientes partes:

-El vestuario donde se confiaban los vestidos a un empleado sus vestidos.

-El frigidario o sala para el baño frío. Más pequeña y oscura que las otras salas.

-El tepidario o sala para el baño tibio.

-El caldario o sala para el baño caliente. Era usual una pila de agua fría colocada generalmente en medio de un ábside. Se llamaban «solium» las piscinas de las termas, a cuyo borde Eumolpo se pone a recitar poesías (cap. 92).

Los baños disponían también de habitaciones para los ejercicios de palestra o el juego de pelota. Los bañistas iban acompañados de esclavos que llevaban consigo el aceite, las estrigiles, la soda, las toallas, etc. En el cap. 91 Gitón hace de «balneator» de Ascilto. Las estrigiles eran unas estregaderas de hierro encorvado, que servían para limpiar el cuerpo de los gimnastas quienes se friccionaban de aceite antes de los ejercicios. La gran afición de los romanos por los baños es atestipulada por una inscripción en el empedrado del foro de Timgad (Argelia): «Cazar, bañarse, jugar y reír: esto es vivir».

(8) Menelao es el maestro pasante de nuestros protagonistas. El maestro principal, que ya hemos encontrado en los primeros capítulos, es Agamenón. Obsérvese que ambos llevan los nombres de los Atridas.

(9) Era moda de los elegantes de la época beber vino, máxime el Falerno, después del baño (cfr. Marcial, XII, 70).

(10) Era costumbre derramar un poco de vino en los brindis como ofrenda a los dioses. Trimalción toma muy a pecho su popularidad.

(11) Los corredores ("cursores») eran esclavos que precedían la litera o el coche de su amo. Las faleras eran collares de oro o plata en forma de medallones con imágenes de algún dios u otra cosa. Sólo las utilizaban nobles y militares a modo de decoración.

(12) Es el «Cave canem» tan frecuentemente inscrito en las casas romanas.

(13) El caduceo es la varilla de oro de Mercurio, emblema de la paz, la concordia, el comercio y la medicina.

(14) Los romanos, que sólo en el siglo III a. C. empezaron a afeitarse, guardaban religiosamente su primera barba después de ofrecerla a los dioses en una ceremonia particular llamada «barbatoria».

(15) Esclavo encargado del atrio y de la dirección del servicio interior de la casa.

EL SATIRICÓN, de Petronio

[El autor](#)

[La obra](#)

[Índice](#)

Capítulos XXXI a XXXV

CAPITULO 31

Le dimos las gracias por tan gran favor, pero al entrar en el triclinio el esclavo por quien habíamos intercedido se nos acercó otra vez. Ante nuestra estupefacción, nos cubrió de besos en agradecimiento a nuestra sensibilidad humana.

-Más tarde veréis a quien habéis socorrido -nos dijo-. El escanciador agradece con el vino del patrón. (...) repara la flagelación.

Por fin nos instalamos para comer. Unos esclavos de Alejandría se pusieron a lavarnos las manos con agua de nieve. Luego estos fueron reemplazados por otros que se postraron ante nosotros para extirpamos con suma maestría los padrastrós de los pies. Hay que añadir que esta delicada tarea no la ejecutaban en silencio sino que al mismo tiempo cantaban. Con la curiosidad de cerciorarme si todos los fámulos cantaban, pedí de beber, y un solícito esclavo vino a servirme cantando con una voz no menos desafinada. Lo mismo hacían todos a quienes se pedía algo. Daba la impresión de estar en medio de un coro de pantomimas y no en el triclinio de un paterfamilias.

Se trajo la entrada que fue digna de alabanza. Todos estábamos ya recostados, excepto el propio Trimalción a quien, según la nueva moda, se le había reservado el primer lugar.

En la fuente destinada a las entradas se había colocado un pequeño asno de bronce corintio (1) con una albarda que contenía aceitunas verdes en una alforja y negras en la otra.

Encima del asnillo había dos bandejas de plata en cuyos bordes se había grabado el nombre de Trimalción y el peso del metal. Se habían soldado unas pasarelas de

las que colgaban lirones aderezados con miel y adormidera. Se veían también unos salchichones humeantes en un anafe de plata y, debajo de este anafe, ciruelas de Siria con pepitas de granada (2)

CAPITULO 32

Estas magnificencias nos tenían deslumbrados. En ese momento apareció Trimalción. Se le transportaba al son de la música y fue depositado en medio de pequeñísimos cojines.

Lo imprevisto de la escena nos hizo soltar la carcajada, y no era para menos: su cráneo afeitado (3) sobresalía de su palio escarlata. En sus hombros cargados con el vestido se había puesto una servilleta con laticlavia, llena de flecos que colgaban por todos lados. En el meñique de su izquierda tenía un gran anillo ligeramente dorado y, en la última falange del anular, otro más pequeño que, según se veía, era de oro macizo pero con una especie de estrellas de hierro engastadas (4). y como no le había parecido bastante exhibir todo este lujo, mostraba desnudo su brazo derecho para lucir un brazalete de oro y una pulsera de marfil abrochada con una placa de esmalte.

CAPITULO 33

Después de mondarse los dientes con un alfiler de plata (5), nos dirigió estas palabras:

-No me apetecía todavía, amigos míos, venir al triclinio pero lo he hecho para no incomodaros más con mi ausencia. Por vosotros me he abstenido de todas mis diversiones. Me permitiréis, empero, terminar la partida (6)

El siervo lo seguía con un tablero de terebinto (7) y unos dados de cristal. Todo traslucía un refinamiento exquisito. En lugar de peones blancos y negros, tenía monedas de oro y plata. Al jugar soltaba todo el repertorio de groserías propias de tejedores.

Todavía no habíamos acabado las entradas cuando se nos sirvió un gran repositorio con una cesta encima. En ella había una gallina de madera con las alas desplegadas en torno como suelen hacerlo las cluecas. Luego se aproximaron dos esclavos y, al son de la música, se pusieron a rebuscar en la paja, y sacaron de abajo varios huevos de pavo real que fueron distribuidos a los comensales. Trimalción, contemplando esta escenificación, nos dijo:

-Amigos, he hecho incubar huevos de pavo real por una gallina y me temo, por Hércules, que ya estén empollados. Probemos, sin embargo, si todavía están

sorbibles.

Recibimos unas cucharas (8) que por lo menos pesaban media libra (9), y cascamos los huevos que estaban muy bien hechos de pasta. Casi arrojé mi porción pues creí que ya estaba formado el pollo, pero oí decir a una vieja comensal:

-No sé qué delicia debe de haber aquí.

Continué, pues, descascarándolo con la mano y me encontré con un gordísimo papafigo arrebolado en salsa de yema de huevo y pimienta (10).

CAPITULO 34

Trimalción suspendió la partida y también se hizo servir todo lo antedicho. En voz alta nos autorizó a escanciar, si queríamos, más vino-miel.

De pronto a una señal de la orquesta, un coro de cantores retiró los platos de la entrada. En el ajetreo se cayó casualmente un azafate, y un esclavo lo recogió del suelo.

Al mirar esto, Trimalción ordenó castigar a puñetazos al muchacho y tirar otra vez al suelo el azafate. Apareció el analectario (11) quien empezó a barrer con una escoba la vajilla de plata junto con todos los restos de comida.

Entraron después dos etíopes melenudos con unos pequeños odres, de los que se usan en el anfiteatro para esparcir arena, y vertieron vino en nuestras manos. Agua, empero, nadie nos sirvió. Se felicitó por estos elegantes detalles al patrón, que respondió:

- Marte ama la igualdad (12).

Por esta razón he asignado a cada uno su mesa (13). Así este tropel de apestosos esclavos nos darán menos calor con su presencias.

Al punto nos trajeron unas ánforas de vidrio, cuidadosamente selladas con yeso, en cuyos cuellos estaba pegada esta etiqueta: «Falerno Opimiano de cien años (14).»

Mientras descifrábamos la escritura, Trimalción batiendo palmas exclamó:

- ¡Oh, fatalidad! ¡Por consiguiente el vino vive más que el pobre hombre! Mojémonos pues el gaznate. La vida es vino. Os estoy sirviendo un legítimo Opimiano. Ayer ofrecí otro no tan bueno a pesar de que cenaban conmigo

personas mucho más distinguidas.

Bebimos sin dejar de advertir todas estas demostraciones de buen gusto. En ese momento un esclavo trajo un esqueleto de plata (15) fabricado de tal manera que, móviles, las articulaciones y vértebras se doblaban en todo sentido. Trimalción lo arrojó varias veces sobre la mesa para que adoptase así diversas poses a causa de la movilidad de sus coyunturas.

Añadió: ¡Ay! ¡Miserables de nosotros! ¡Qué impotencia la del pobre hombre! Todos así seremos cuando el Orco nos recoja. Vivamos, pues, en tanto que existir con salud permitido nos sea.

CAPITULO 35

A esta lamentación siguió un plato no tan grande como esperábamos, pero tan original que provocó nuestra admiración. Era un repositorio redondo con los doce signos (del Zodíaco) dispuestos alrededor. Sobre Aries, garbanzos picudos (16) . Sobre Tauro, un trozo de buey. Sobre Géminis, criadillas y riñones. Sobre Cáncer, una corona. Sobre Leo, un higo de África. Sobre Virgo, una vulva de marrana virgen . Sobre Libra, una balanza con un pastel en un platillo, y un bizcocho en el otro. Sobre Escorpio, un pececillo de mar . Sobre Sagitario, un caracol. Sobre Capricornio, una langosta marina . Sobre Acuario, un ganso. Sobre Piscis, dos lisas . En el centro había un terrón, extraído con césped y todo, que sostenía un panal de abeja.

Un esclavo egipcio daba vueltas sirviéndonos el pan directamente de un anafe de plata. [...] y el mismo también con horrorosa voz desgarró los aires con una canción del mimo del «Mercader de laserpicio»

Trimalción viendo el asco con que comíamos tan vulgares alimentos, dijo:

-¡Animo! Cenemos, que estos son los gajes de las cenas.

(1) El bronce de Corinto era muy buscado, y Trimalción lo tenía en gran estima, como veremos en el capítulo 50. Se llamaba corintio el bronce hecho con una determinada aleación y no era necesario que proviniera de Corinto para llevar tal nombre.

(2) Las granadas y ciruelas representan el fuego de la parrilla. La granada era llamada «manzana púnica» por los romanos

(3) Era costumbre de la época, entre los adultos elegantes, afeitarse hasta las partes íntimas del cuerpo. Marcial (11,27) critica a un amigo por tener «los testículos depilados, la verga semejante al cuello de un buitre, la cabeza más lisa que las nalgas de un maricón».

(4) Este anillo debía corresponder a alguna superstición de la época. Ver en el capítulo 74 el uso que le da Trimalción. Los caballeros y senadores tenían el derecho exclusivo de llevar un anillo de oro en el meñique. Trimalción en el cap. 71 ordenará que se le represente en su tumba con cinco anillos de oro. Ascilto y Gitón llevan también un anillo de oro como los caballeros (caps. 57, 58). Se piensa que los libertos llevaban un aro de hierro (cap. 58).

(5) Observemos que Trimalción no ha probado bocado todavía

(6) Quizás se trate del juego de las «doce líneas».

(7) El rerebinto, emparentado con el pistacho o alfóncigo, da una madera negra muy apreciada.

(8) Se trata de unas cucharas especiales «<cochlearia», de «cochlea,,: caracol), con una punta en el extremo que servía para cascar o agujerear los huevos o para extraer el caracol de su caparazón.

(9) 163,5 gramos.

(10) La «patina», cuya receta nos da Apicio (141), es una variante del plato de Trimalción. Conviene anotar que el papafigo se comía entero y sin vaciar.

(11) El texto dice «lecticarius», que nos parece ser una deformación de «analecta», esclavo con la tarea de barrer los relieves caídos al suelo.

(12) Trimalción tergiversa el refrán «aequo Marte» «<con un Marte similar» empleado para indicar, en la guerra, circunstancias iguales para ambos bandos.

(13) Cada convite tiene, pues, una mesa según el capricho de Trimalción. Pero no se ha quitado la mesa del centro, donde se depositarán luego un esqueleto de plata y, en el capítulo 60, unos lares también de plata. En el capítulo 40 se cobijará bajo ella una jauría de perros.

(14) La añadidura de "100 años" es manifiestamente absurda. Por otra parte, un vino tan viejo sólo servía para sazonar. La cosecha del año 121 a. C. fue muy buena. El cónsul de ese año se llamaba Opimio.

(15) Enseñar a los invitados la representación de un esqueleto era una vieja costumbre traída de Egipto. Era ocasión para hacer evocaciones filosóficas sobre la muerte (dr. Herodoto, 2,72).

(16) Garbanzos «con forma de cabeza de carnero» «< arietinum», de «aries»).

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos XXXVI a XL

CAPITULO 36

Cuando acabó de hablar, se presentaron cuatro danzarines y, al compás de la música, levantaron la tapa del piso superior del repositorio. Esta operación nos permitió ver debajo (en otro plato) pollos cebados y ubres de marrana!. En el centro había una liebre decorada con alas para que pareciese un Pegaso. También notamos en las esquinas del repositorio cuatro Marsias (1) con odrecillos que vertían garo (2) con pimienta sobre unos pescados que parecían nadar en un canal. A iniciativa de la servidumbre, aplaudimos y atacamos con alegría estos exquisitos manjares.

Trimalción, no menos contento también de su artificio, ordenó:

-¡Corta!- y al punto se acercó el escudero trinchante, quien cortó la carne acompasando sus movimientos con la música. Hacía pensar en un esedario que luchaba al son de un órgano hidráulico y Trimalción no cesaba de repetir, alargando las sílabas:

-¡Corta, corta!

Tanto repetía esta palabra que sospeché que se escondía allí alguna broma. Sin empacho pedí información al vecino de mi izquierda, quien otras veces ya había presenciado esta clase de juegos.

-Mira -me explicó-, la persona que corta la carne se llama Carpo. Así, al decir: ¡Corta!, con la misma palabra llama a este esclavo y le ordena.

CAPITULO 37

Como ya no me entraba un solo bocado más, me volví hacia mi vecino para sonsacarle todo lo posible, empezando por lo que se contaba de su pasado. Pregúntele quién era una mujer que iba de un lado a otro sin descansar.

- Es la mujer de Trimalción -respondió-. Se llama Fortunata, y no es para menos, pues su dinero lo cuenta por modios . Y no hace mucho tiempo ¿qué era ella? Tu Genio me perdonará, pero te habría dado pena aceptar un pan de su mano. Ahora, sin que sepamos ni cómo ni por qué, está en la gloria y es la factótum de Trimalción.

Basta que ella le diga que es de noche en pleno día para que él lo crea. Él mismo no sabe lo que posee, tan opulento es. Pero esta zorra tiene los ojos puestos en todo y está presente donde menos te lo esperas. No come ni bebe mucho y es de gran iniciativa.

Ahí donde la ves, vale su peso en oro. Pero es tan mala lengua como una urraca de almohada: a quien estima lo mima de veras, pero a quien no, lo detesta de alma. Las fincas de Trimalción son tan grandes cuanto vuelan los milanos. Tiene una enorme riqueza. Hay más plata en el recinto de su portero que en el tesoro de cualquiera de nosotros. En lo que atañe a sus esclavos -¡ayayay! ¡Hércules me es testigo!-, no creo que la décima parte de ellos conozca a su patrón. Para resumir, te diré que es capaz de meter en una hoja de ruda a cualquiera de los babiecas que aquí ves.

CAPITULO 38

Y no vayas a creer que él necesite hacer compras, pues todo le crece en sus propiedades: lana, cedros, pimienta. Si buscas leche de gallina, aquí la puedes encontrar. Un ejemplo: como la lana que producía no era de su agrado, ha comprado carneros de Tarento, y los ha cruzado con su rebaño. Para obtener en sus tierras miel ática, ha importado abejas de Atenas. Al mismo tiempo mejoró las vernáculos porque se cruzaron con la abejas griegas.

A propósito, hace unos días ha pedido por escrito a la India un envío de esporas de agárico. Si se trata de mulas, todas las que tiene son nacidas de onagros. Fíjate cuantos cojines hay aquí: no hay uno que no esté relleno de lana púrpura o escarlata. En esto consiste su máxima felicidad. Y cuidado con menospreciar a estos otros libertos. Ellos también tienen mucho jugo. Mira a aquel que está recostado en el sitio inferior del lecho inferior: hoy en día debe tener ya sus ochocientos mil sestercios, y ha salido de la nada. No hace mucho su ocupación era cargar leña en su lomo. No sé nada, sólo he escuchado, pero la gente dice que logró agarrar el púleo (4) de un incubo y encontrar así un tesoro. No envidio a

nadie los dones de los dioses, pero este tiene fresca la bofetada y no está dispuesto a que le vaya mal.

Recientemente expuso el siguiente letrero: «Cayo Pompeyo Diógenes, por haberse comprado una casa, alquila su desván a partir de las calendas de julio» . Y aquel otro que está echado en el sitio del libertino, ¡qué vida la que se ha dado! y no se lo reprocho porque, después de haber visto hasta un millón de sestercios, ha caído en la miseria. No creo que tenga libre de hipoteca un solo pelo suyo. Y, por Hércules, que no fue por su culpa. No hay hombre mejor que él, pero son los canallas de sus libertas los que se han aprovechado de todo. Aprende esto: nunca se cocina bien en la cacerola de los socios, y los amigos desaparecen cuando la situación empieza a decaer.

Así como lo ves, antes se dedicaba a un negocio muy decente pues era empresario de pompas fúnebres. Solía cenar como un rey: jabalíes con su gausapa, prodigios de pastelería, aves de toda clase, cocineros panaderos... Debajo de su mesa corría más vino que el que cualquiera de nosotros posee en su bodega. Un sueño, no un hombre. Cuando sus negocios bajaron, y como tenía miedo de que sus acreedores se diesen cuenta de lo mal que le iba, anunció una subasta que decía: «Cayo Julio Próculo rematará lo superfluo de su mobiliario.»

CAPITULO 39

Trimalción interrumpió tan entretenida plática. Ya habían retirado el primer servicio, y los comensales, eufóricos, empezaron a echar mano del vino y a comentar historias.

Aquel, reclinándose en el codo, nos dijo:

-Vosotros debéis suavizar este vino. Los peces están hechos para nadar ¿Creéis, por ventura, que me contento con serviros lo que habéis visto en los compartimientos del repositorio? «¿Es así cómo conocéis a Ulises? (5)» A ver, vamos, ¿qué es esto? Aun en las cenas hay que acordarse de la erudición. Mi patrón, que en paz descansen sus huesos, quiso hacer de mí un hombre sobresaliente. Nadie puede sorprenderme con novedades: aquel plato os ha dado la prueba (pues requiere una explicación). Este cielo, habitado por doce dioses, se nos presenta bajo otras tantas formas, y aquí lo vemos como Aries. Los nacidos en este signo tienen muchos rebaños y mucha lana, pero además, la cabeza dura, la frente sin vergüenza y el cuerno puntiagudo (6). En este signo nacen la mayor parte de los gramáticos y de los testarrones.

Alabamos a nuestro astrólogo por su fino humor, y prosiguió:

- Después todo el cielo se transforma en el querido Tauro: y entonces nace la gente chúcara, los yugueros y los que pacen sin pastores. En Géminis nacen los caballos de biga, los bueyes de yugo , los cojones y los que se frotan en ambas paredes. En Cáncer nació yo. Por eso me sostengo en muchos pies ya que tengo muchas propiedades en mar y tierra, pues en ambos elementos el cangrejo se las

apaña bien. Esta es la razón por la que antes no puse nada sobre este signo: no quiero parecer pedigüeño a mi estrella. En Leo nacen los tragones y los autoritarios. En Virgo, los afeminados, los fugitivos y los que llevan grillos en los pies. En Libra, los carniceros, los perfumistas y todos los que venden al peso. En Escorpio, los envenenadores y los asesinos. En Sagitario, los bizcos: los que miran la verdura y cogen el tocino. En Capricornio, los atormentados, a los que por su mal genio les nacen cuernos. En Acuario, los taberneros y los calabazas. En Piscis, los cocineros y los rétores. De esta manera el orbe gira como una rueda de molino, ejerciendo siempre su maleficio tanto en el nacimiento como en la muerte de los humanos. En cuanto al césped que veis en el centro y al panal colocado sobre él, sabed que no hago nada sin intención. En el centro está la madre Tierra, redonda como un huevo. Todo lo bueno, como aquel panal, está contenido en ella.

CAPITULO 40

¡Bravo! gritamos todos y, levantando las manos al techo, juramos que Hiparco y Arato no valían nada en comparación suya.

Mientras tanto, unos sirvientes que habían entrado colocaron en los lechos frazadas con bordados de redes, cazadores con venablos y todo un equipo de montería. Todavía no sabíamos qué suposiciones hacer cuando, de pronto, un gran alboroto se alzó a la puerta del triclinio, y he aquí que una jauría de perros laconios irrumpió metiéndose hasta debajo de la mesa.

Cuando se fueron, se trajo un repositorio sobre el que iba un jabalí de lo más descomunal y con un púleo por añadidura. De sus colmillos pendían dos canastillas de palma, una con dátiles cariotas y otra con dátiles tebaicos. Alrededor la bestia tenía unos lechoncitos de mazapán en posición de mamar, para dar a entender que se trataba de una hembra. Los lechones, por supuesto, nos fueron distribuidos como recuerdos.

Además contaré que, para cortar el jabalí, no vino aquel: Carpo que despedazó los pollos cebados, sino un gran barbudo con las pantorrillas ceñidas con correas y envuelto en un multicolor manto de caza. Desenvainó éste un cuchillo de caza, lo clavó con fuerza en las costillas del jabalí, y varios tordos escaparon volando del corte.

Unos pajareros con sus varetas ya estaban preparados para esto, y al instante atraparon las aves que revoloteaban en el triclinio. Trimalción ordenó darnos un pájaro a cada uno.

-Mirad -decía- las finísimas bellotas con que se alimentaba este cerdo salvaje.

Seguidamente los esclavos tomaron las canastillas que colgaban de los colmillos y distribuyeron a los comensales porciones iguales de dátiles cariotas y tebaicos.

- (1) En casi todos los foros se levantaba una estatua de Marsias en actitud de bailar que llevaba un odre de vino en el hombro. Era el símbolo de la plena libertad del derecho de ciudad o de ciudadanía romana.
- (2) Salsa muy empleada por los romanos. Se desmenuzaban y emulsionaban las entrañas de un pescado (atún o caballa). Se fermentaba al sol y después se colaba. Resultaba una salsa fuerte, ácida y de olor nauseabundo. Con otros ingredientes y maneras de preparar el garo, se obtenían innumerables tipos de esta salsa. El nuoc-man indochino se parecería mucho al garo.
- (3) «Carpe», en latín, es, al mismo tiempo, el imperativo de «carpere» (cortar) y el vocativo de Carpus. «¡Carpe, Carpe!» puede significar «¡Corta, Carpo!». Por otra parte, «concide, imagire» («< corta, cocinero») parece haber sido la exclamación usual que pronunciaba el «pronubus» al subir al altar de Venus (Cfr. Lampridio, «Heliogábalo»).
- (4) Creencia popular. El pileo es un gorro ritual, generalmente de fieltro. Lo llevaban los recién nacidos, los pontífices, los flámines y los esclavos al momento de su liberación. Los incubos también lo llevaban. Trimalción ofrece a sus invitados un jabalí con pileo por haber sido dejado "libre" el animal el día anterior (caps. 40, 41).
- (5) Ulises es el prototipo de taimado y astuto. la frase es dicha por Laoconte en la Eneida (2,44).
- (6) En el sentido de valiente, no de cornudo.
- (7) En sentido obsceno. Nosotros diríamos: «los de doble filo» o los que «lo hacen a pelo y a pluma».

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos XLI a XLV

CAPITULO 41

Yo, tranquilo en mi lecho, me había concentrado en muchos pensamientos buscando la razón por la que se había presentado al jabalí con un pileo. Agotadas todas las conjeturas posibles, me atreví a pedir otra vez a mi mentor de antes que me resolviera el problema.

- Hasta yo, tu servidor, te lo puedo explicar -respondió-. Ni siquiera es un enigma, tan claro está. Ayer este jabalí fue destinado a concluir la cena (1). Pero, como fue dejado por los comensales, hoy día regresa a la mesa en calidad de liberto.

Maldije mi estupidez y dejé de hacer preguntas, no fuera que me dijeran que nunca había cenado con gente distinguida.

En plena charla, un lindo esclavo, coronado de pámpanos y de hiedra, e imitando unas veces a Bromio, otras a Lieo o a Euhio (2), hizo circular unas canastas de uva; y después con agudísima voz se puso a recitar varios poemas de su patrón (3).

Al escuchar lo, Trimalción se volvió hacia él y le dijo: - Dionisio, ¡sé libre!

El esclavo quitó el pileo al jabalí y se lo puso en su propia cabeza. Entonces Trimalción añadió: - No podréis negarme que mi padre es Libre (4).

Aplaudimos la salida de Trimalción y colmamos de besos al criado, que iba recorriendo los lechos.

Trimalción acabó su plato y se levantó para ir al excusado. La ausencia del tirano inesperadamente nos hizo recobrar la libertad, y empezamos a tirar de la lengua

a los comensales.

El primero en hablar fue Dama, después que hubo pedido una gran copa: - El día no es nada. Te das la vuelta, y ya es de noche.

Por consiguiente, no hay nada mejor que pasar directamente del dormitorio al triclinio j Y el bonito frío que tuvimos!... Apenas si el baño me ha hecho entrar en calor. Pero un trago caliente es el mejor sastre. Ya me he vaciado varios cántaros (5), y estoy completamente mamado. El vino se me ha subido al cráneo.

CAPITULO 42

Seleuco también intervino en la conversación: -Yo no me baño todos los días -dijo-. La afusión es un verdadero batán (6): el agua tiene dientes y deshace cotidianamente nuestras energías. Pero Cuando me echo un trago de vino-miel mando el frío a la porra (7). Además hoy no he podido bañarme porque estuve en un funeral. Se le ha disparado el alma a Crisanto, tan bella persona y tan bueno como era. Ayer, ayer no más me llamaba por mi nombre. Aún me parece hablar con él. ¡Ay, ay! Somos unos odres inflados que caminan. Valemos menos que moscas: ellas al menos tienen un poco de fuerzas, y nosotros somos nada más que burbujas ¡Y qué habría sido si no se hubiera puesto a dieta! Durante cinco días no llevó a su boca ni agua ni una migaja de pan. Con todo, allá se nos fue. Sus muchos médicos lo malgraron o, más bien, fue su mala suerte, puesto que el médico no sirve sino para levantar el ánimo. Sin embargo, fue sepultado muy bien, en su mismo lecho que le sirvió de vivo(8), y con finas mortajas. Se ha llorado por él muy convenientemente - había manumitido algunos esclavos- pese a que su esposa derramó sólo unas cuantas lágrimas, y de mala gana ¡Qué habría sido, si no la hubiera tratado tan bien! Las mujeres, en el verdadero sentido de la palabra, pertenecen a la familia de los milanos. Nadie debería hacerles ningún favor, pues es como echar agua en un pozo. Pero un viejo amor es como un chancro.

CAPITULO 43

Fastidiose la gente, y Fileros gritó:

-¡Ocupémonos de los vivos! Tu tipo tiene lo que se merecía. En opulencia vivió, en opulencia murió. ¿Qué razón hay para quejarse? Empezó con un as y estuvo dispuesto a recoger de la mierda un cuadrante con los dientes. Así se hizo rico. Su riqueza prosperó como un panal de abejas. Creo, por Hércules, que ha dejado sus cien mil sestercios redondos, y todo esto en dinero contante y sonante. Pero como me he comido una lengua de perro (9), os diré la verdad del asunto. Siempre fue un chismoso y un maldiciente: la Discordia personificada. Su hermano, en cambio, fue todo un hombre y un buen amigo que siempre tuvo la mano llena y la mesa bien servida. Nuestro hombre (Crisanto), al comienzo, desplumó la funesta oropéndola (10), pero pronto enderezó el espinazo con su

primera vendimia, pues vendió su vino al precio que quiso, y lo que acabó por hacerle levantar cabeza fue una herencia de la que cogió más de lo que le correspondía, y este tarugo (11), por haberse peleado con su hermano, legó su patrimonio a no sé qué hijo de la tierra. Lejos huye quien de su familia huye. Sus esclavos le servían de oráculos, y éstos fueron los que lo hundieron. Nunca hará nada bueno el que enseguida cree todo, máxime si es hombre de negocios. Con todo, verdad es que ha gozado mucho en vida... (El que gana siempre) es el que recibe, no el que debe recibir. Fue un verdadero hijo de la Fortuna. En su mano el plomo se convertía en oro. La vida es fácil donde todas las cifras corren (12).
 ¿Cuántos años creéis que se llevó a cuestas? ¡Sus setenta y tantos! y era tan duro como el cuerno, y llevaba muy bien su edad. Tenía los pelos negros como el cuervo. Desde que conocí a este hombre, hace muchísimo tiempo, ya era un gamberro de cuentas. No creo, por Hércules, que haya dejado un perro incólume en su casa. Además, era también pederasta. ¡Un hombre de mucha Minerva!. Pero no lo censuro, porque eso es lo único que se ha llevado consigo.

CAPITULO 44

Así habló Fileros, y así continuó Ganimedes:

- Éste nos cuenta historias que no conciernen ni al cielo ni a la tierra. Mientras tanto, nadie se preocupa de los estragos que provoca el alza del trigo. ¡Por Hércules!, hoy no he podido encontrar un solo bocado de pan. ¡Y hay que ver cómo dura la sequía! Ya hace un año que hay carestía de víveres. Malditos sean los ediles que se han aliado con los panaderos: «sírvenme y yo te serviré»... Es así como sufren los más necesitados, porque para aquellas enormes mandíbulas todos los días son Saturnales. ¡Oh! ¡Si por lo menos tuviésemos aquellos leones que encontré aquí la primera vez que llegué de Asia! Aquello sí era vida. Si la harina de flor de Sicilia era mala, les daban tal tunda a esos mamarrachos que provocaban la cólera del mismo Júpiter. Me acuerdo de Safinio, que vivía -cuando yo era niño- cerca del viejo arco de triunfo. Era la pimienta personificada. Por donde pasaba, la tierra ardía. Pero era recto, pero era llano, buen amigo. Con él se podía, sin cuidado, jugar de noche a la morra (14). Era de ver cómo pisaba a todos en la curia. No usaba figuras retóricas e iba siempre al grano. En cambio, cuando peroraba en el foro, su voz se elevaba como una tuba, sin sudar ni escupir un solo momento. Creo que tenía un no sé qué de asiático. ¡Y con qué educación respondía a los saludos y llamaba a cada uno ¡por su nombre como si hubiera sido uno de nosotros! En ese tiempo el trigo estaba por casi nada. El pan, que se compraba por un as, no eran capaces de comerlo dos personas. Ahora un ojo de buey es más grande. ¡Ay, ay! Cada día es peor. Esta colonia crece para atrás, como cola de ternero. Pero, ¿por qué soportamos a un edil que no vale tres higos secos, a un edil que prefiere ganar un as que preocuparse por nuestras vidas? Por eso se las pasa bien en su casa, donde en un solo día gana más dinero que el que cualquiera de nosotros cuenta en sus economías. Ya estoy al corriente de cómo ha ganado mil denarios de oro. Pero si tuviéramos cojones, no estaría tan tranquilo. El pueblo, ahora, únicamente es león en su casa; en la calle, zorro ¡En lo que a mí me atañe, ya me he comido mis trapos y, si continúan así los precios,

tendré que vender mis chozas. ¿Qué es lo que pasará, si ni dioses ni hombres se apiadan de esta colonia? Yo creo, por la cabeza de mis hijos, que todo esto proviene de los dioses, puesto que nadie cree que el cielo es cielo, nadie observa el ayuno, a nadie le importa Júpiter un pelo. Todo el mundo no hace sino contar sus riquezas a escondidas. Antaño las matronas subían a la Colina (del Capitolio) sin zapatos; con el pelo suelto y la conciencia limpia iban a pedir agua a Júpiter. La lluvia caía inmediatamente a cántaros. Esto sucedía al momento o nunca, y todo el mundo gozaba, empapados como ratas. Nuestra falta de religiosidad hace que los dioses tengan ahora los pies enlizados. Los campos están abandonados...

CAPITULO 45

Por favor - habló Equión, el trapero (15) exprésate mejor. «Antes así, antes asá», decía aquel campesino que perdió su cerdo pinto. Lo que no es hoy, será mañana. Así se desenvuelve la vida. ¡Por Hércules, que no se podría citar una patria mejor que ésta, si tuviera verdaderos hombres! Pero ahora está en dificultades, y no es la única. No hay que ser melindrosos. En todas partes el cielo está en el medio. Si estuvieras en otros sitios dirías, seguramente, que aquí los cerdos se pasean asados. Fíjate, ahora vamos a tener una fiesta de tres días con magníficos combates de gladiadores. y no con profesionales, sino con libertos en su mayoría. Nuestro amigo Tito ve las cosas en grande y tiene su cabeza que bulle. Sea cual fuere, el espectáculo será un éxito. Yo, que soy de su casa, sé que no hablo de una veleta. Se conseguirán las mejores espadas, se luchará sin cuartel, y el matadero estará en el centro, a la vista de todo el anfiteatro. y tiene con qué hacerlo, pues ha heredado treinta millones de sestercios: su padre tuvo la desgracia de morir. Por más que gaste cuatrocientos mil, no hará mella en su patrimonio y será siempre recordado.

Ya consiguió varios fulanos, una esedaria y a un mayordomo de Glicón que fue pescado entreteniéndose con su matrona. Verás así las disputas del público entre celosos y amancebados, pues Glicón, que no vale un sestercio, ha condenado a su tesorero a las fieras. Lo que se llama colocarse uno mismo en la picota. ¿Qué culpa tiene el esclavo si fue obligado a fornicarla? Es aquella bacínica más bien la que merece ser empitonada por el toro. Pero quien no puede patear el burro, patea la albarda. Glicón, también, cómo pudo creer que iba a salir algo bueno de la simiente de Hermógenes, persona capaz de limar las uñas a un milano en pleno vuelo! La culebra no engendra sogas. Glicón, Glicón mismo se lo ha buscado, y llevará este estigma mientras viva, y sólo el Orco se lo borrará. A fin de cuentas, cada uno paga sus propias culpas. Aparte de esto, me huele que Mamea nos va a ofrecer una comilona con el regalo de dos denarios para mí y los míos . Si lo hace, acabará con la popularidad de Norbano, y os conviene saber que lo ganará a velas desplegadas. Y, en realidad, ¿en qué nos ha sido útil (Norbano)? Una vez nos presentó gladiadores que no valían un sestercio, todos decrepitos. Si los soplabas, se caían. Yo he visto bestiarios mejores. Envió a la muerte a jinetes de candil (16) i Unos verdaderos gallos de gallina! Uno parecía un borrico cargado. Otro parecía tener piernas de cuero. Un terciario, que parecía sin cojones, tan muerto como el muerto que reemplazaba. El único que tuvo un poco de agallas

fue un tracio, a pesar de que se limitó a pelear según como le soplaban. Al final, todos fueron azotados, tanto reclamaba la numerosa concurrencia gritando: « ¡Al castigo!». Eran, simple y llanamente, unos fugitivos. «Pero yo te ofrecí un combate de gladiadores», me dirá el hombre. «y yo te aplaudí -le responderé-. Haz la cuenta: te doy más que lo recibido. Una mano lava la otra.»

* * * * *

- 1 - En la «summa cena», es decir, como plato principal.
- 2 - El esclavo está disfrazado de Baco y lo imita según sus diferentes apelaciones.
- 3 - Según otra versión: «poemas dionisiacos».
- 4 - Enorme juego de palabras. El esclavo a quien Trimalción liberta se llama Dionisio (Baco), denominado también Libre o simplemente Padre. Trimalción bromea sobre su propio pasado de esclavo.
- 5 - Traducción aproximada de «staminatas duxi», una de las expresiones exclusivas de Petronio que abundan en su libro. En este mismo capítulo hallamos «bacaclusias» (conjeturas) y «matus» (mamado).
- 6 - El negocio de los batanetos romanos corresponde remotamente a nuestras lavanderías. Los obreros pisaban fuertemente la ropa en unos batanes llenos de agua y sustancias alcalinas. Los orines eran muy usados para este fin y como dentífrico.
- 7 - «Lo envío a prostituirse», literalmente.
- 8 - .El «Iectus funebris» se llamaba también «vitalis» porque usualmente era el mismo que se había empleado en vida o, por lo menos, el más elegante de la casa.
- 9 - Es curioso observar que los rusos, para decir «conozco este asunto a fondo», emplean la expresión: «en este asunto me he comido un perro».
- 10 - Así traduzco «parra». Otros ponen: pigargo, quebrantahuesos, pavo o cualquier otro pájaro de mal agüero. La frase equivale a «estar a la cuarta pregunta».
- 11 - Con tarugo (estúpido y madera) se traduce muy bien «stips» aquí, y «codex» en el capítulo 74.
- 12 - «Quadrata», sobreentendiéndose «littera», es decir, letras mayúsculas, con las que se representaban los números (cfr. capítulo 58).
- 13 - La traducción es literal. En castellano también se usa este dicho para designar al hombre hábil, pero el texto latino tiene un contenido escabroso. El «minerval» era el regalo que se acostumbraba dar a los pedagogos, hombres de mala fama. Ver el cuento

del capítulo 58.

14 - Para alabar la seguridad y la honestidad de un hombre se dice: merece que se juegue con él a la morra en plena oscuridad» (Cicerón, De los deberes, 3, 19, 77).

15 - El trapero o centonario hacía frazadas o abrigos a partir de retazos de ropa vieja en buen estado.

16 - Expresión que indicaba a la gente inútil; puede ser por alusión a las figuritas que llevaban las lámparas

EL SATIRICÓN, de Petronio

El autor

La obra

Índice

Capítulos XLVI a L

CAPITULO 46

Me parece, Agamenón, que te estás diciendo: «¿Qué manera de despotricar la de este pesado!» ¿Por qué entonces tú, que sabes hablar, no hablas? Eres persona de otra ralea y por eso te burlas del modo de hablar de los pobres. Sabemos que tu erudición te ha hecho vanidoso. ¿Qué razón hay? Algún día te convenceré para que vengas a mi hacienda y veas nuestras pobres cabañas. Allí encontrare mas qué comer: un pollo, unos huevos. Las pasaremos bien, aunque este año el granizo haya desbaratado todo. En fin, tendremos con qué estar a nuestras anchas. Desde ahora ya te reservo allí a un discípulo que está creciendo, mi chico. Ya sabe calcular las cuatro partes. Si se conserva con vida, pronto tendrás a tu vera a un lindo esclavo. En su tiempo libre no levanta la cabeza de sus tablillas. Es ingenioso y de buen carácter. Pero tiene la manía de los pájaros. Ya le maté tres jilgueros diciéndole que la comadreja se los había comido. Pero ya encontró otros pasatiempos y ahora se apasiona por la pintura. Por lo demás, ya envió a pasear al griego, y ha empezado a morder no mal el latín.... esto a pesar de que su maestro es presumido e incapaz de concentrarse en un punto; viene (sólo de vez en cuando, verdad) que es un letrado, pero no le gusta trabajar.

También tenemos otro que no es tan erudito, pero sí muy concienzudo, y que enseña más de lo que sabe; asimismo, acostumbra venir a casa los días feriados, contentándose con lo que se le da. Acabo de comprarle al niño varios libros rubricados, pues quiero que, para utilidad de la casa pruebe algo de derecho. Esta carrera trae consigo su pan.

En lo tocante a la literatura, ya se ha embarrado bastante con ella. Si se encapricha, he decidido darle un oficio: peluquero, pregonero o, quizá, abogado; algo que no se lo pueda quitar nadie sino el Orco. Por eso le repito todos los días: «Créeme, Primigenio, todo lo que aprendas es para tu propio provecho. Mira al abogado Fileros: si no hubiera estudiado, hoy día no podría apartar la hambruna de sus labios. No hace mucho cargaba mercaderías en sus hombros y ahora se

pone tieso, incluso ante Norbano. La instrucción es un tesoro, y una profesión nunca muere.»

CAPITULO 47

Tales conversaciones sacudían el aire cuando regresó Trimalción, quien, primero, se secó el sudor de la frente, se lavó las manos con perfume, hizo una breve pausa y, después, habló:

-Disculpadme, amigos. Ya hace varios días que no me responde la barriga. Los médicos todavía no se han puesto de acuerdo. Pero la corteza de granada y la resina de pino en vinagre me han hecho bien. Espero, pues, que pronto mi estómago se porte con su acostumbrada docilidad porque, lo que es ahora, se escuchan allí unos ruidos que parece que tuviera un toro adentro. Por consiguiente, si alguno de vosotros quisiera hacer sus necesidades, no tiene por qué sentir vergüenza de ello. Nadie aquí ha nacido sin huecos. No creo que exista mayor tormento que aguantarse las ganas. Esto es lo único que ni siquiera el mismo Júpiter puede impedir. ¿Te ríes, Fortunata? ¿Tú, que no me dejas dormir de noche? En el triclinio mismo, no prohíbo a nadie aliviar sus tripas si lo desea. Los médicos prohíben aguantarse (1), y si a alguien le vienen ganas de algo más serio, afuera está preparado todo lo necesario: agua, excusados y otros detalles. Creedme: el flato, al subirse al cerebro, produce desórdenes en todo el cuerpo. Sé que muchos han muerto así, por no decirse la verdad a sí mismos.

Agradecemos su liberalidad y comprensión mientras disimulábamos la risa beborroteando de las copas. Pero no nos imaginábamos estar, como se dice, sólo a la mitad de la cuesta de su refinamiento. En efecto, una vez que limpiaron las mesas al compás de la música, trajeron al triclinio tres cerdos blancos con bozales y campanillas. El nomenclador nos anunció que uno de ellos tenía dos años, el segundo tres y el tercero ya siete años. Creí que se trataba de algún malabarista, y que los puercos iban a ejecutar unos cuantos números, como se acostumbra hacer para el público de la calle.

Pero Trimalción disipó nuestras dudas:

-¿Cuál de ellos queréis que, de inmediato, se os sirva para la cena? -nos preguntó-. Los chacareros son los que preparan gallos fricasé a la Penteo y otras futilidades por el estilo. Mis cocineros, en cambio, están acostumbrados a preparar terneros enteros en sus cacerolas. Hizo llamar enseguida al cocinero y, sin esperar nuestra elección, le ordenó matar el más viejo. Luego, en voz alta, le preguntó:

-¿De qué decuria eres?

- De la cuadragésima -respondió aquél.

-¿Comprado o nacido en casa? -siguió.

-Ni lo uno ni lo otro -dijo el cocinero-; te fui legado en el testamento de Pansa.

-Trata, entonces, de servirnos con diligencia si no quieres que te mande echar a la decuria de los recaderos -le ordenó.

CAPITULO 48

Con rostro afable, Trimalción se dirigió a nosotros en los siguientes términos:

-Si el vino no os gusta lo cambiaré. Sois vosotros los que debéis volverlo agradable. Gracias a los dioses, no tengo necesidad de comprarlo. En la actualidad todo lo que hace agua a la boca crece en una finca mía que todavía no conozco. Me dicen que limita con Terracina y con Tarento. Ahora quiero unir Sicilia con mis fincas para que, cuando me vengan ganas de partir al África, navegue por mis propiedades. Pero cuéntame, Agamenón, el tema de la controversia que hoy declamaste. Yo, aunque no actúo en tribunales, he aprendido literatura para uso doméstico. y para que no pienses que me fastidian los estudios, aquí tengo tres bibliotecas, una griega y otra latina (2). Dime, pues, si me estimas, la peristasis de tu declamación.

Agamenón empezó:

-Un pobre y un rico se odiaban...

- ¿Un pobre! ¿Qué es eso? -le interrumpió Trimalción.

-¡Muy agudo! -dijo Agamenón, y entabló no sé qué controversia.

Trimalción le repuso inmediatamente:

-Si lo que cuentas ha sucedido, no es una controversia, y si no ha sucedido, no es nada.

Como nos vio aprobar con cálidos aplausos estas y otras agudezas por el estilo, prosiguió:

-Dime, te ruego, mi queridísimo Agamenón, ¿recuerdas, por ventura, los doce trabajos de Hércules, o la leyenda de Ulises: cómo el cíclope descendiente de Forcis le torció el dedo pulgar? De niño yo solía leer estas cosas en Hornero. En cuanto a la Sibila, yo la vi con mis propios ojos en Cumas, colgada dentro de una botella. Cuando los niños le preguntaban: «¿Qué quieres, Sibila?», ella respondía: «Quiero morir»

CAPITULO 49

Estaba vertiendo toda esta verborrea, cuando un repositorio, con un enorme puerco encima, vino a ocupar toda la mesa. Nos quedamos maravillados de la celeridad y empezamos a jurar que ni un pollo podía ser asado con tanta rapidez, tanto más que el cerdo parecía mayor que el jabalí de poco antes.

Trimalción, que lo examinaba cada vez con más atención, soltó:

- ¡Cómo, cómo! ¿Este cerdo no está vaciado...? ¡Por Hércules! ¡No...! ¡Llama, llama aquí al cocinero!

El cocinero, cabizbajo, se aproximó a la mesa y confesó haberse olvidado de vaciarlo.

- ¿Cómo? inolvidado! -exclamó Trimalción-. Cualquiera diría que simplemente ha olvidado la pimienta y el comino. ¡Desnúdate!

El cocinero se desvistió sin tardar y se colocó afligido entre dos verdugos. Todos empezaron a interceder por él.

Con implacable severidad, yo no pude refrenarme más y me incliné al oído de Agamenón para decirle:

- En verdad, este esclavo debe ser pésimo. ¿No es inadmisibile que se haya olvidado de vaciar el puerco? Por Hércules, que yo no lo perdonaría aunque hubiese dejado así un pescado.

Trimalción, en cambio, fue de distinto parecer. Una sonrisa dilató su rostro para decir:

- Bueno, ya que tienes tan mala memoria, vacíalo aquí delante de nosotros.

El cocinero se puso otra vez la túnica, empuñó un cuchillo y empezó a cortar tímidamente aquí y allá el vientre del cerdo. Al punto, de las aberturas que se agrandaban de por sí solas con la presión del peso, se derramaron salchichas y morcillas.

CAPITULO 50

Toda la servidumbre aplaudió esta hazaña gritando al unísono:

- ¡Viva Cayo!

También se festejó al cocinero con un trago de una copa servida en una bandeja corintia y, además, con una corona de plata.

Como Agamenón examinaba de cerca la bandeja, Trimalción le dijo:

-Yo soy el único en poseer auténticos objetos de Corinto.

Yo estaba esperando que, con su habitual insolencia, dijera que sus pocillos se los traían directamente de Corinto, mas él tuvo una mejor ocurrencia:

- Y si acaso quisieras saber por qué soy el único en tener corintios auténticos, he aquí la razón: el broncista a quien se los compro se llama Corinto. Ahora bien, ¿no se llama corintio lo que tiene Corinto? Pero no creas que soy un imbécil, pues conozco muy bien el origen de los bronces de Corinto. Cuando Ilión fue tomada, Aníbal, hombre astuto y gran lagarto, hizo un cúmulo con todas las estatuas de cobre, oro y plata, y las prendió fuego . Todo esto, al fundirse, formó una aleación de metales. Los artesanos tomaron después esta masa y fabricaron con ella platillos, azafates y estatuillas. Así nacieron los bronces de Corinto, ni más ni menos, de la mezcla de todos los metales. Me disculparéis por lo que vaya declarar: yo prefiero los objetos de vidrio, que por lo menos no huelen, y hasta los preferiría al oro si no fuesen tan frágiles. Pero por el momento tienen poco valor.

1 - El emperador Claudio autorizó toda clase de ventosidades en sus banquetes (Suetonio, Claudio, 73).

2 - El bilingüismo del Imperio obligaba a tener dos bibliotecas, pero Trimalción se olvida de decirnos el idioma de su tercera biblioteca (¿hebreo?).

